

# CONCURSO DE CUENTO

Antioquia  
Reimaginada

• EDICIÓN 2023 •



comfama

**Antioquia es río, selva,  
bosque, valle, mar y  
montaña.**

Es un territorio amplio y diverso que combina geografías, culturas e identidades que pueden inspirarte a escribir miles de historias.





Agradecimiento especial a la Fundación Secretos para contar y a su equipo de trabajo por el compromiso con la región para promover la lectura, la escritura y la oralidad; su apoyo en esta edición del concurso de cuento Antioquia Reimaginada fue fundamental.

© 2024 Comfama

**Consejo Editorial** David Escobar Arango  
Perla Toro Castaño  
Camilo López Arroyave  
Paola Mejía Guerra  
Mauricio Pérez Salazar  
María Cecilia García Londoño  
María José Castaño Dávila  
Alix Camacho Vargas

**Coordinación editorial** Juan Diego Mejía Mejía

**Asistencia editorial** Ana María Tobón Arango

**Editor invitado** Diego Agudelo Gómez

**Prólogo** Daniel Álvarez Betancur  
**Secretos para contar**

**Prólogo Comfama** Andrea Guerra Prieto

**Corrección de estilo** Catalina Trujillo-Urrego

**Ilustración de Portada** Estudio Agite

**Ilustraciones de los cuentos ganadores** Carolina Bernal

**Diseño e impresión** Apotema S. A. S.  
Primera edición: marzo de 2024  
ISBN: 978-628-7637-40-5  
Impreso en Colombia

**Comfama**  
[www.comfama.com](http://www.comfama.com)  
Central de llamadas de Comfama 3607080  
@comfama  
@comfamacultura

secretos para contar

comfama

## CONCURSO DE CUENTO ANTIOQUIA REIMAGINADA 2023

Todos los derechos reservados. Sin autorización expresa de los titulares esta publicación no puede ser reproducida o difundida ni total ni parcialmente por ningún medio mecánico, fotoquímico, magnético, electroóptico o por cualquier otro medio actual o futuro. Los autores y autoras presentados en esta edición son los únicos responsables del contenido de su cuento y exoneran a Comfama de cualquier infracción cometida contra la propiedad intelectual y los derechos de autor.

## Contenido

Atisbos del alma antioqueña .....	7
Prólogo .....	9
Acta del jurado .....	13
Mapa de ganadores .....	17
Categoría Infantil .....	19
<i>Cuento ganador</i> .....	23
<i>Finalistas</i> .....	25
Categoría Juvenil.....	41
<i>Cuento ganador</i> .....	45
<i>Finalistas</i> .....	47
Categoría Adultos .....	69
<i>Cuento ganador</i> .....	73
<i>Finalistas</i> .....	75

## *Atisbos del alma antioqueña*

La Fundación Secretos para contar cumple veinte años en este 2024. Han sido veinte años de recorrer los diversos rincones de la geografía antioqueña llevando libros, educación, alegría, curiosidad y entretenimiento por todas las zonas rurales del departamento. Veinte años de apostarle a la creación de hábitos lectores en las familias que habitan nuestros campos por medio de la entrega personalizada de una biblioteca pensada y diseñada especialmente para la población rural, con libros de diferentes temáticas que buscan despertar el interés de niños, jóvenes y adultos.

Como fundación, nuestro deseo ha sido siempre no solo llevar libros y saberes hasta donde aquellos que habitan en los más apartados pliegues de las montañas o los escondidos meandros de los ríos, sino también propiciar el intercambio de saberes, dar visibilidad a aquello que sabe el abuelo, la madre o la joven. Propiciar espacios para que el conocimiento y la sabiduría popular se expresen y encuentren su justo reconocimiento.

Por esto último, la invitación que recibimos de parte de Comfama para convertirnos en aliados del concurso de cuento Antioquia Reimaginada 2023 nos llenó de alegría e ilusión. Era la oportunidad de invitar a escribir a quienes reciben los libros que hacemos con tanto amor. Ahora seríamos nosotros los lectores y ellos los escritores. Los niños, niñas y docentes que nos

acogen, día a día, en las escuelas de los diferentes territorios; los abuelos, abuelas, padres de familia y adolescentes, en sus propias palabras, nos contarían de sus miedos y esperanzas, de sus alegrías y sus penas, de sus sueños y sus desengaños, y narrarían sus territorios con la valiosa perspectiva de quien habita un lugar. Si la literatura es capaz de reflejar los más sutiles matices del espíritu, un concurso de cuento como Antioquia Reimaginada 2023 nos permitiría echar un vistazo a aspectos recónditos del alma antioqueña y conocer algunos atisbos de la diversidad casi infinita de nuestra querida Antioquia.

Queremos agradecer a Comfama por haber pensado en nosotros para ayudar, desde diferentes frentes de trabajo, en este concurso y en la publicación de este libro que reúne a los ganadores y finalistas de las tres categorías. También, agradecer a cada uno de los miles de participantes de todas las edades que se atrevieron a escribir desde las diversas subregiones de Antioquia y dieron voz a sus pensamientos, fijaron sobre el papel o la pantalla un pedacito del mundo que les tocó vivir, un pedacito de su imaginación y creatividad.

Daniel Álvarez  
Gestor editorial  
Fundación Secretos para contar

## *Prólogo*

### **Nuestra esencia**

La cuarta edición del concurso de cuento Antioquia Reimaginada abre de nuevo la conversación sobre nuestra diversidad cultural, sobre los colores, los sabores, las formas y las emociones que tenemos en este mágico territorio. ¿Qué pasa si cerramos los ojos e imaginamos una extensión de tierra como Medellín, inundada, llena de manatíes, cocodrilos, aves y jaguares conviviendo en el humedal que existe en Yondó? ¿O si caminamos durante tres días por una montaña, entre orquídeas, osos y frailejones para llegar a su cima y ver el horizonte por encima de cualquier punto de Antioquia, teniendo por piso una sábana de nubes entre Urrao y Frontino? ¿Si nadamos en aguas tan oscuras por sus minerales que parecen sangre cuando movemos los brazos entre el manglar rojo de Urabá? ¿Si escuchamos la bulla con tambores que llegaron de África en el siglo XVIII, como lamentos y gritos de libertad de los negros en la playa o el cortejo de un acordeón cerca al río? ¿Y si recordamos que esta tierra es tan próspera que nuestra relación con el oro arranca quinientos años antes de nuestra era con los indígenas que habitaban y hoy seguimos recibiendo de ella?

Sentimos que la geografía de Antioquia tiene una riqueza cultural y natural que con razón lo califica como uno de los

departamentos más biodiversos del país. Nos atraviesan dos cordilleras que nos permiten respirar desde el privilegiado aire frío de los páramos hasta la cálida sensación de estar en los casi extintos bosques secos tropicales; tenemos dos fronteras fluviales que son el Atrato en el occidente, el cual nos serpentea con su gran caudal recogido por uno de los lugares más lluviosos de este planeta, y el sagrado Magdalena en el oriente, que se despliega históricamente como la gran arteria que conecta el desarrollo del país; y, así nos suene extraño, tenemos la segunda costa más extensa en el Caribe colombiano.

Esta riqueza territorial con sus vastas flora y fauna ha sido testigo de nuestra historia, de nuestro proceso de colonización, de nuestras migraciones forzadas o de aquellas llenas del coraje intuitivo que nos guían hacia otros lugares. Hoy somos casi siete millones de personas; tres etnias indígenas, afrodescendientes, muchos mestizos y foráneos enamorados de esta tierra en la que compartimos una riqueza cultural inimaginable. Un tesoro que todos los días se funde en nuestras formas únicas de amar, de lamentar, de desear, de extrañar, de temer, de mentir, de soñar y vivir la vida.

En 2023, el concurso Antioquia Reimaginada recibió más de tres mil escritos; casi mil de estos nos llegaron a través de WhatsApp, una herramienta de fácil acceso en el campo. En esta ocasión contamos con la Fundación Secretos para contar como gran aliado para expandir nuestra invitación y motivar a más personas en esa ruralidad dispersa y profunda que tiene su propia voz. Al leer los cuentos seleccionados por el jurado entramos en el universo de niños, jóvenes y adultos que explo-

ran el mundo a través de espíritus, animales y fantasías, que se relacionan con la violencia, con el amor y con las vivencias que los marcan; preguntándose: «¿A qué huele tu mañana?», «¿Cómo suena tu noche?», «¿A quién extrañas?», «¿Qué deseo escondes?».

Acompañemos a estos valientes en la búsqueda de su camino, y de la forma de recorrerlo entre el amor de la vida y la vulnerabilidad de la muerte, en el dolor de las despedidas familiares y la sensación de no pertenecer a ningún lugar. Agradecemos a todos los que participaron descubriendo un pedazo de su alma y felicitamos a quienes ganaron y a quienes fueron seleccionados por el jurado para hacer parte de este libro que viajará a través de las montañas, de los ríos, de los valles y del mar de Antioquia.

Andrea Guerra Prieto  
Responsable de Conexiones y Convenios Regiones  
Comfama



## *Acta del jurado*

El jurado de la cuarta edición del concurso de cuento Antioquia Reimaginada estuvo integrado por las escritoras Isabel Botero, Patricia Nieto y el escritor Luis Miguel Rivas. Luego de un proceso de preselección y selección que consideró los 3.068 cuentos recibidos durante la convocatoria, los miembros del jurado exponen sus impresiones más profundas con respecto al concurso de este año.

### **Isabel Botero:**

Es conmovedor imaginar a miles de personas, entre niños, jóvenes y adultos, inventando una historia y encontrando las palabras precisas para escribir un cuento donde queden plasmados sus sueños, preocupaciones, traumas y visiones de mundo. Antioquia Reimaginada resulta ser un mapa de puntillismo del departamento, donde cada participante aporta algo colorido y diverso a través de las atmósferas y los personajes, las geografías y las costumbres.

### **Luis Miguel Rivas:**

La primera sorpresa con la lectura de los cien cuentos preseleccionados en el concurso Antioquia Reimaginada fue el encuentro con una antioqueñidad múltiple que trasciende el cliché del arriero colonizador y nos da cuenta del ribereño, del minero,

del pescador, del indígena, del trabajador de las fincas bananeras, del negro, del mulato. A través de la fábula, del relato mitológico, de la narración realista e incluso de la prosa surrealista, el conjunto de textos nos muestra la gran variedad de subculturas que conforman eso que, un poco artificialmente, se ha unificado con la expresión: «antioqueño».

Lo segundo que me sorprendió fue el tratamiento de temas que hasta hace muy poco eran innostrados e innostrables en los contextos rurales de nuestra región. Temas en los que poco a poco nuestra sociedad (sobre todo la ciudad, el centro) se ha abierto a la discusión pero que en la periferia han permanecido en el nivel del prejuicio y el tabú: la identidad de género, las relaciones homosexuales, el travestismo; la realización de la vida (o la reivindicación de esa realización) desde modos diferentes de estar en el mundo, que han sido negados por siglos.

Y también, en este panorama de nuestra cultura, contenido en esos cien relatos, están los otros «distintos»: el ciego, el sordo, la mujer que perdió la memoria, el anciano, el niño, protagonistas de las historias, como antenas que en virtud de sus «limitaciones» alcanzan a percibir aspectos de la riqueza de la realidad que a los «normales» les está vedado percibir, precisamente en virtud de su «normalidad».

Muchos de estos cuentos podrían haber sido el ganador en su categoría. La ingrata función de un jurado es decidir cuál es el mejor con la conciencia de que en el fondo cada narración es la mejor en su particularidad. Más allá de los ganadores y de los finalistas, celebro con alegría la iniciativa de este concurso y hago votos para que Antioquia Reimaginada continúe invitando

a nombrarnos para sabernos y motivando a decirnos para conocernos un poco como sociedad.

### **Patricia Nieto:**

Los relatos escritos por miles de personas que respondieron a la convocatoria de este premio pueden verse como un gran fresco en el que se representan las preocupaciones de nuestro tiempo. La incertidumbre por el futuro de un planeta sobreexplotado, la lucha por la libertad y la igualdad como ancla de los derechos humanos, la aflicción provocada por las guerras y el anhelo de hombres y mujeres de satisfacer las necesidades básicas para ocuparse con alegría de las tareas del espíritu son algunos de los temas que se convierten en drama y metáfora en las obras recibidas.

Los jurados se reunieron de manera virtual el jueves 4 de enero de 2024 y decidieron, conjuntamente, elegir los siguientes cuentos como los ganadores en cada una de las categorías:

### Categoría infantil

N.º 5484

**Título:** Pies descalzos

*Johan Soto Arcila, 11 años. Tarso, Suroeste*

### Categoría juvenil

N.º 5770

**Título:** Cómo se siembran los nuevos sueños

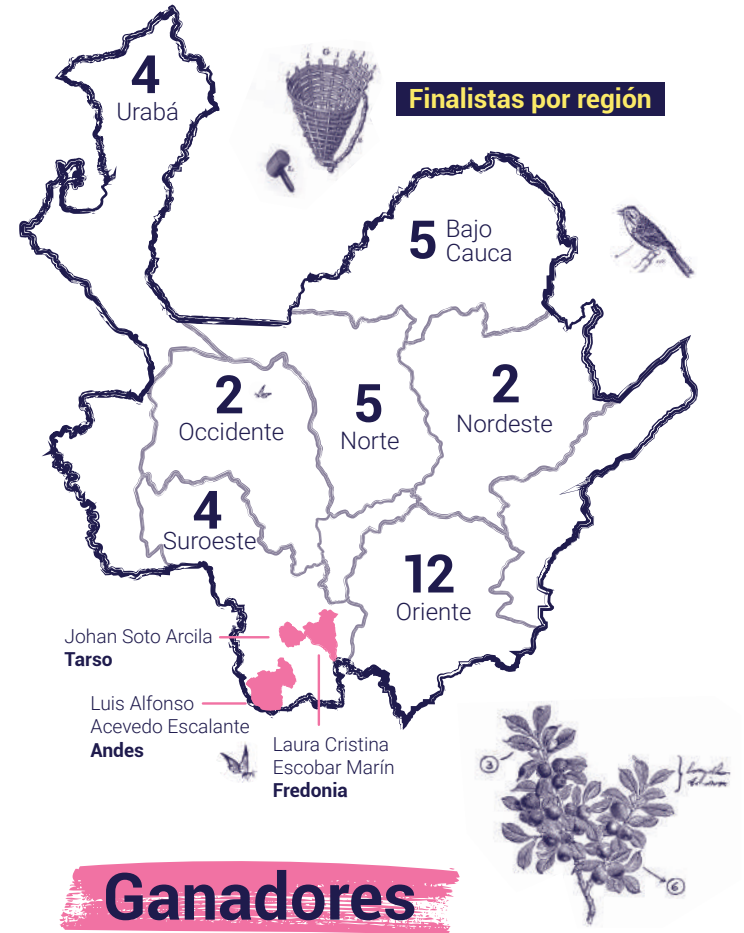
*Laura Cristina Escobar Marín, 17 años. Fredonia, Suroeste*

### Categoría adultos

N.º 4584

**Título:** Bagazo

*Luis Alfonso Acevedo Escalante, 38 años. Andes, Suroeste*



*Categoria Infantil*



**N.º 5484**

### **Pies descalzos**

Desde que tengo uso de razón he visto a mi abuelo con los pies descalzos. Curioso, cuando todas las personas usamos zapatos para cubrir y proteger los pies. Mi abuelo vive en una finca, sale cada ocho días al pueblo a mercar y a comprar el cuidado para los animales (marranos, gallinas y perros), se viste con camisa blanca de manga larga, pantalón de tela, sombrero, carriel y zurriago. Desde que llega al pueblo, empieza su aventura, se encuentra con sus amigos, se toma uno, dos, tres aguardientes. Luego se va a realizar sus mandados, se encuentra con mi papá y conmigo, hablamos un rato; tomamos fresco y me da la ración. Su día termina en la cantina emborrachándose, hasta que sale la ruta y regresa a casa, donde lo espera mi tía, porque mi abuela hace muchos años no vive con él, se vino a vivir al pueblo para que mis tías y tíos pudieran estudiar. Nunca se ha puesto zapatos, sus pies son grandes, los dedos son abiertos en forma de abanico, con grandes callosidades, y lo más increíble es que soporta todas las irregularidades de los caminos del campo, sin lastimarse. Durante la semana coge café, organiza el chiquero, les da comida a los animales y atiende a la gente que lo visita, porque la casa donde vive queda a orillas de la carretera. Últimamente mi abuelo no se ha sentido

bien, no viene al pueblo, mis tías le mandan el mercado y lo que se necesita en la finca; lo han tenido que traer varias veces en la semana al hospital. Se me olvidaba, mi abuelo es diabético, sus pies están muy hinchados, su mirada caída y su voz quebrada, yo creo que le hace falta tomarse unos aguardientes. Pero no es eso, los días han transcurrido, el abuelo se encuentra hospitalizado, todos estamos muy tristes, solo nos dejan entrar un ratito a visitarlo. Pero mi abuelo está cansado, no le gusta la comida que le dan, siente la cama incómoda, no duerme y manifiesta que se quiere ir para la finca, su salud está muy delicada, mis tíos hablan con los médicos y ellos recomiendan llevar al abuelo a su casa, ya que no hay nada más para hacerle y lo más importante es que esté tranquilo, por lo que se dispone todo para trasladarlo a su casa. Es de noche, por fin llegan a la finca, la mirada del abuelo cambia, se ilumina su rostro, parece que no hubiera acabado de salir del hospital, pide chocolate caliente con quesito y pan, además de chuparse varios caramelos, luego se acuesta. Muy de madrugada escucho la puerta de mi casa, mi papá sale corriendo a abrir, toda la noche estaba esperando noticias. «El abuelo se ha ido», dice mi tía envuelta en llanto. No es fácil vivir sin el abuelo, ya los domingos no son los mismos... Y ya quien se toma uno, dos, tres aguardientes es mi PAPÁ.

**Johan Soto Arcila**, 11 años

Tarso, Suroeste

**N.º 2886**

**Volver**

Un hombre alcohólico, ya avanzado en edad, estaba en una cantina con sus amigos. Ya ebrio empezó a mirar a todos lados y vio a sus amigos en estado de coma sobre la mesa. Orondo, tomó otro sorbo de su botella de aguardiente; minutos después empezó a ponerse nostálgico, acto seguido comenzó a llorar y a recordar... Cerraba los ojos y se veía a sí mismo cuando era niño e iba a la escuela con sus amigos a jugar fútbol, los abría y recordaba su adolescencia así como también las locuras que cometió con sus amigos en discotecas, los volvía a cerrar y veía a la chica que le gustaba y luego lo rechazó, los abría una vez más y veía a su esposa que padecía una enfermedad letal, así como también veía a sus tres hijos, los mayores, Maximiliano y Cyan, murieron en el ejército; la menor, Sara, desapareció después de la muerte de su madre, y así fue como el hombre llegó a tal estado. Levantó la vista y vio a la camarera de la cantina, una joven de aproximadamente veinticinco años, que lo miraba fijamente; aquel hombre, sin decir nada, se levantó de la mesa, se limpió la ropa y fue a hablar con ella. Pasaron las semanas, los meses y pronto los años, ambos compartieron grandes momentos a pesar de no conocer el nombre del otro, la camarera adquirió

un cariño especial por él y viceversa. Una mañana, la joven mujer llegó a la cantina y se dispuso a limpiar mientras esperaba al hombre, pero a medida que transcurría la mañana el hombre no llegaba. Le preguntó a uno de sus amigos qué había pasado y este finalmente confesó que el hombre había muerto. Ella, desconsolada, empezó a llorar, asistió a su funeral y la prima del hombre le entregó una carta que él había escrito solo para ella... «Quizás cuando leas esto ya me habré ido, pero quiero que sepas que pasé momentos inolvidables junto a ti, aún eres joven, disfruta, te extrañaré, tenlo por seguro, pero estaré feliz de que puedas vivir una vida larga, no desaproveches nada y vive tranquila como la persona fuerte y noble que eres, «CON AMOR, TU PADRE».

**María Alejandra Ramírez Montañez**, 13 años  
Santa Rosa de Osos, Norte

## N.º 3100 **Querida Mary**

«Querida Mary, eres una hermosa mujer, te agradezco por todos aquellos momentos tan especiales que me has permitido pasar a tu lado, me había enamorado tanto de ti que hice cosas que nunca pensé hacer. Amé todo de ti, luché por ti, lo di todo por ti, te valoré, te respeté y te amé, lastimosamente el manguirrián de tu hermano Francisco siempre estaba ahí para arruinar nuestros mejores momentos. Estuve soportando durante tres años seguidos las amenazas de tu hermano Francisco y todo porque yo te amaba, pero ya no aguanto más, tu hermano ha llegado muy lejos, te ha llevado a otro país solo para alejarte de mí y tú no hiciste nada, solo accediste y te fuiste como si yo no importara en tu vida. Me dejaste aquí como si nada y cuando hiciste eso cuestioné mucho si realmente me amabas tanto como decías. Durante estos dos meses que no has estado aquí conmigo he intentado entenderte, encontrar una buena razón por la cual me has dejado, pero no la encuentro, tampoco me escribes, como si ya te hubieras olvidado de mí. Ya no quiero seguir con este sufrimiento, trataré de dejarte en el pasado y olvidarme de esto. Te deseo lo mejor y espero que tengas éxito». Mary, leyendo la carta de Josué, rompe en llanto, pues ella aún lo amaba, pero lo que Josué no sabía era que Mary había sido amenazada, llevada a otro país y secuestrada por su hermano Francisco. Francisco encuentra la carta de Josué y comienza a tener una gran discusión con Mary. Mary, harta de todo, le parte un jarrón en la cabeza a Francisco dejándolo inconsciente, le roba



las llaves y escapa. Mary siente un poco de alivio, y emprende su camino para volver donde Josué. Pasan dos días y Francisco encuentra a Mary, la obliga a volver, pero ella insiste en ir donde Josué. Francisco, harto, saca un arma y le dispara a Mary. «¡Oh no, que hice!» fueron las palabras de Francisco al darse cuenta del gran error que había cometido. Francisco quiso salir corriendo y escapar, pero no era capaz, después de todo era su hermana y no la podía dejar ahí tirada. Francisco se pone de rodillas y agarra a su hermana rompiendo en llanto. De repente, se empieza a hacer un gran círculo de personas y llaman ambulancias, pero ya era muy tarde, Mary había fallecido. Su hermano, al enterarse de esta triste noticia, intenta quitarse la vida, pero fue detenido por policías. Francisco fue preso, Mary muere y Josué sin enterarse de lo sucedido queda triste, decepcionado y deprimido, unos sentimientos con los que cargará toda su vida.

**Mariángel Mosquera Gómez**, 12 años  
Apartadó, Urabá

**N.º 3191**

**Mary**

En el hermoso bosque de Caracolí, en el municipio de Apartadó, vive una colonia de mariposas de colores muy hermosos y resplandecientes, al abrir sus alas dejan ver sus hermosos colores dándole vida al bosque. Dentro de esa colonia se destaca una mariposa, llamada Mary, por su gran tamaño y colores únicos. Sus alas son doradas como el sol, al tocarlas se siente tan suave como el terciopelo, y sus ojos son tan verdes como una esmeralda. Cada noche sus colores brillan tan fuerte que el bosque se llena de alegría. Es tan hermosa que en el bosque se rumora que Mary es la diosa de la vida; cada vez que se posa en las flores estas cambian de color y perfuman todo el bosque con su maravilloso olor. Pero entre tanta belleza hay un misterio que rodea la vida de Mary, pues ella siempre aparece durante la noche, jamás se le ha visto volar ni aparecer durante el día; se decía que Mary no aparece de día porque hace mucho tiempo fue hechizada por un duende del bosque y cada amanecer ella se convierte en humana. Los animales del bosque decidieron ayudar a Mary para liberarla del hechizo; enviaron a una mariposa llamada Waly, que era muy ágil y sus colores se mezclaban con el verde del bosque, para que la siguiera al amanecer y así poder descubrir cómo romper el hechizo. Al anochecer, apareció la hermosa Mary dándole su mágico brillo al bosque, al amanecer se despidió de todos y se fue a los más profundo del bosque sin darse cuenta de que Waly la seguía. Durante el camino, Waly escuchaba el canto triste de Mary que mencionaba un eclipse

lunar. Al llegar a un claro del bosque donde había una cascada, el malvado duende esperaba a Mary y la convertía en una estatua de cristal. Waly voló rápidamente a la colina de mariposas donde todos los animales la esperaban y les contó la verdad y les dijo que la única forma de romper el hechizo era en la oscuridad de un eclipse lunar. Los animales del bosque sabían que pronto iba ocurrir uno, pero en su bosque no sería visible, así que tenían que llevar a Mary al lugar donde ocurriría el eclipse y así liberarla para siempre del duende que la tenía atrapada. Los animales del bosque planearon todo y esperaron a que Mary llegara al bosque, pero esa noche ella no llegó, así que todos se fueron a buscarla. Al llegar al lugar vieron a Mary convertida en una hermosa estatua de cristal, trataron de llevársela, pero era muy pesada, en ese momento llegó el malvado duende para impedir que se la llevaran. Pero ellos pelearon contra él y, al tratar de tomarla, Mary se rompió en pedazos, todos se pusieron a llorar y sus lágrimas de dolor caían sobre ella. De pronto, un brillo enorme encandiló todo el lugar, era Mary, las lágrimas de los animales del bosque habían roto el hechizo.

**Rossana Caro López**, 13 años  
Apartadó, Urabá

**N.º 3521**

### **El hada del río negro**

Había una vez una niña llamada Ana, ella vivía en el bosque al lado de un río en una cabaña de madera, pasaba todos sus días sola. Un día común y corriente se levantó por la mañana, se dirigió al río a bañarse. No se fijó que unos cazadores que pasaban por ahí la vieron y decidieron abusar de ella. Para no dejar evidencias la mataron y la tiraron al río. Pasaron dos años y un día un cazador estaba por una cabaña abandonada y se acercó al río a tomar agua, cuando se acercó vio una sombra que se reflejaba en el río, se fue acercando poco a poco, cuando dos manos frías y negras lo agarraron del rostro y lo arrastraron dentro del río. Cuenta la leyenda que sigue guardando rencor a los cazadores. Un día, un grupo de cazadores pasó por el río cuando escucharon una risa de una niña jugando; vieron que desde la profundidad del río se formaba un remolino que cada vez se hacía más grande hasta que se disolvió y de él emergió una sombra negra que gritaba: «Encuéntrenme». Se nubló el cielo, el agua se enturbió y se tornó de color negro, los pájaros salían asustados del bosque; los cazadores huyeron, pero de nada les servía correr porque siempre llegaban al mismo lugar. Apareció una hada con su ropa rasgada y con manchas rojas y estaba ahí para cobrar venganza por lo que le habían hecho y acabó con todos los cazadores y sus almas. Cuentan que su alma sigue en el río esperando a que la encuentren para descansar en paz.

**Nerlis Sánchez Cleto**, 12 años  
Caramanta, Suroeste

**N.º 4105**

### **La hormiga envidiosa**

Como todos los días, una hormiguita salía a hacer su recorrido en busca de alimento. Andaba mucho y a veces no conseguía nada, se sentía muy triste de llegar a casa sin haber comido. Era una rutina muy agotadora, ya que tenía días en que por la lluvia le tocaba esconderse bajo las hojas de las plantas para no ser arrastrada por el agua; otros días era tan fuerte el sol que debía estar a la sombra. En uno de esos días calurosos, decidió trepar a un árbol, una vez allí se sintió grande y poderosa vio cómo el mundo era pequeño y ella se sentía gigante. «No puede ser que yo siempre tenga que estar allá abajo temerosa de todo cuando acá soy tan grande», dijo la hormiga. Se recostó en una hoja y se quedó dormida, al rato se despertó con gran enfado porque a su lado había un colibrí chupando el néctar de una de las flores y el ruido que hacía al aletear le molestó tanto que se dirigió a la flor y empezó a comérsela. «Pero ¿qué haces? —dijo el colibrí—, ¿no ves que ellas me alimentan y a otros insectos más». La hormiga, como se sentía tan importante, le respondió: «¿No ves que esta es ahora mi casa y tú no puedes venir a ella sin ser invitado». Sintióse culpable por haber interrumpido en casa ajena, el colibrí se alejó hacia otro árbol que estaba en frente muy florecido. La hormiga, al verlo, sintió rabia y pensó: «Si yo soy grande acá, ahora quiero ser como ese pajarraco, yo también podré volar, comer de todas esas flores, no serán solo para él». Y se preparó para dar su gran salto, pero, como todos sabemos, las hormigas no tienen alas; esta se precipitó al vacío con tan mala

suerte que cayó en una piedra. El colibrí, que se había percatado de lo sucedido, rápido se acercó a ella con la intención de ayudarla, pero estaba agonizando y lo único que le alcanzó a decir fue: «La envidia no es buena, no debí ser arrogante contigo y mucho menos querer volar... Tu mundo y el mío son diferentes, pero no lo acepté». Y ahí quedó inerte. El colibrí siguió su camino y cada que ve una hormiga se acuerda de aquella que murió por ser envidiosa.

**Dylan Gallego Ospina, 8 años**

Sonsón, Oriente

**N.º 4450**

### **El dragón y su aventura en El Peñol**

Érase una vez, un hermoso pueblo, que todos amaban, allí los niños corrían y jugaban por las calles mientras los padres trabajaban, su nombre era El Peñol. Un lugar lleno de magia. Un día, los habitantes de este pueblo vieron a un dragón volando por los aires, ese dragón no era como los de los cuentos que tiraban fuego, ya que este tiraba agua. El dragón decidió aterrizar en la plaza de mercado; allí, trató de llamar la atención, pues necesitaba darles una noticia. Todos los presentes, atemorizados, se callaron para escuchar al dragón, quien se presentó y dijo que venía de Mericonstantinopola, el lugar de los seres fantásticos, allí, se asignaba una misión a cada ser y hasta que no la cumplieran no podían regresar a su reino. A él le dieron la tarea de inundar un pueblo, por lo que le tocaba sacar a la gente de allí para inundarlo. Todas las personas se pusieron muy tristes, y con una gran incertidumbre sobre lo que podría pasar. Los habitantes de este pueblo entraron en pánico, por lo que fueron a la alcaldía a buscar ayuda; encontrando que el alcalde estaba más loco que todos, no pronunciaba palabra. La gente estaba desesperada, los niños lloraban y el dragón se paseaba por toda la plaza principal amenazando con que el tiempo se agotaba. Llegó el Jueves Santo y a El Peñol arribaron unos periodistas que entrevistaron a la gente y divulgaron la noticia por todos los medios de comunicación. Fue así como el Viernes Santo llegó a El Peñol el gobernador de Antioquia, y en vista de que el dragón no se podía matar, tomaron la decisión de trasladar la gente a otro lugar. El dragón se

puso a trabajar, y colocó todo su empeño en llenar todo de agua y sobrevivir, pero la criatura no aguantó, se quedó sin aire, y lo que logró inundar lo absorbió, el dragón se derritió, se convirtió en agua que tomó forma, y el embalse quedó como un dragón.

**María Paula Tejada Ramírez, 12 años**

El Peñol, Oriente

**N.º 4638**

### **Fiesta de espanto**

José es un muchacho que no es normal. El problema con su normalidad es por su origen parcialmente desconocido, no se sabe de dónde vino ni a dónde va; él apareció, dicen que nació en un pueblo raro al otro lado del río Porce, otros que cayó de las garras de un gavián. Pero solo yo sé de dónde es, por qué es así, cómo vino y por qué se muestra tan preocupado. José es de un pueblito llamado Doña Juana del Oro, famoso no por su bello paisaje y tampoco por su abundancia de minerales y metales, sino porque año tras año allí los espantos celebran una fiesta grande de gran valor y la cual planean todo el año. El 15 de septiembre es la fecha escogida para festejar. Toman desde vino hasta aguardiente, bailan pasillo, cumbia y música parrandera y chismosean. Este año celebran el aniversario ciento cuarenta del Verraco de Guaca, se festejará en el corregimiento de María Esmeralda, encima del morro de la Matraca; su anfitriona, la más berraca de todos: la Llorona. Los mitos, las leyendas y los espantos empiezan a llegar; las brujas del Carmen de Viboral casi se caen de la escoba al cruzar el río Cauca, cayeron en Santa Fe de Antioquia y aprovecharon para traer el aguardiente. Vinieron del Valle de Aburrá el Sombrerón y la Muelona, y vino del Huila la Viuda Negra acompañada por la Matraca. Del Magdalena vinieron la Madre Monte, la Pata Sola y el Mohán, el cual trajo del más fino tabaco y la mejor carne de marrano y de gallina. Del Bajo Cauca llegaron los duendes y, por supuesto, el Niño de Oro. Del occidente llega el invitado de honor, llega

la Mula con Tres Patas trayendo en su espalda café, aguapanela, ron y vino. Del oriente llegan el Cura sin Cabeza, el Silbón. Llegan espíritus de todo municipio, vereda, región. Del Urabá llega la Madre de los Ríos, también vino María del Pardo trayendo del más fino oro, plata y platino. Pero esto qué tiene que ver con José. De su pueblo fue invitado el Hojarasquín del Monte, el cual estaba esta vez como un rígido roble junto a la casa de doña Josefina Romero, abuela de José. Ese día, este se fue sigiloso y llegó una parranda buenísima, dice. Dijo que era un espectro de Abriaquí que habían ahorcado y por eso viene en forma de muchacho. El Comegente sirvió para poner la música y hacer el sancocho, el arroz con pollo y el arequipe. Al otro día el Mohán tocó al muchacho y se dio cuenta de su humanidad y vida, José corrió hasta su casa, empacó y huyó de allí. Ahora vive asustado y con extrema paranoia espera el momento en que los espantos lo encuentren para volver a huir. Por eso vive intranquilo pensando no en hoy sino en mañana.

**Marlon Galvis Escobar, 13 años**

El Carmen de Viboral, Oriente

N.º 5183

### La panela de mi pueblo

¿Quién no se ha tomado una aguapanela? Contaba mi bisabuelo que hace muchos años la comida cocorneña era de otros lugares y tenían que ir a otras partes por ella, entonces empezaron a producir nuestra propia comida, entre ellas: la panela. En mulas trajeron las semillas, eran pedazos de caña que sembraban en la tierra y de ahí sacaban la caña de azúcar, el jugo de la caña se hacía en un bohío, en una máquina arrastrada por dos caballos dándole vueltas en una misma dirección, el jugo se cocinaba en unos fondos con fuego en unos hornos muy grandes hasta convertirla en miel espesa, después se echaba en un recipiente de madera llamado batea, la seguían mezclando hasta volverla sólida. Con la ayuda de un molde que tenía la medida exacta armaban la panela. Una noche de luna llena un duende llegó al pueblo y se robó la receta, la vendió por todo el país, pero no les quedaba igual de rica como la que producían los cocorneños. Muy preocupados, los hombres de mi pueblo decidieron buscar al duende. El hermano del duende le dijo:

—¿Cómo es que estás ganando tanto dinero?

Y el duende le respondió:

—Solo robé la receta de un pueblo muy pequeño, pero, naa, mejor no te digo. Pero a lo mejor me deben estar buscando.

—Pero, hermano, eso está muy muy mal, deberías estar avergonzado.

Al cabo de unas horas los dos hermanos siguieron discutiendo, y la puerta sonó: tac tac, era el guardia del hotel donde

se hospedaban, les dijo que dejaran de gritar que perturbaban la tranquilidad de los otros huéspedes. Ellos obedecieron, pero casi se ponen de nuevo a pelear. Los cocorneños estuvieron por todo el país hasta que en Bogotá vieron a unos rolos haciendo panela y les preguntaron quién les había vendido la receta. Los rolos dijeron que se la habían comprado a un duende por una buena suma de dinero. Entonces preguntaron que si sabían dónde era la casa del duende y los rolos les dieron la ubicación. Cuando llegaron al hotel le dijeron al guardia que venían de visita a donde Javier «el Duende». El guardia los dejó pasar y tocaron a la puerta: toc toc, y abrieron los duendes. Todo el pueblo se abalanzó sobre el duende, Javier no pudo hacer nada contra los cocorneños, quienes le preguntaron muy furiosos:

—¿Por qué nos has robado la fórmula de la panela?

Y el duende les dijo:

—Sólo quería ganar dinero y nada más.

Al final, el duende se disculpó, devolvió el dinero y todos quedaron felices. Lo que nadie sabe es que mi bisabuelo, que hace algunos años murió, me visita todas las noches y me recuerda en sueños la receta de la panela para que nunca la olvide. Y por si a otro duende se le ocurre venir a robarla, en este cuento estará por siempre.

**José Miguel Serna Zuluaga**, 10 años

Cocorná, Oriente

*Categoría Juvenil*





**N.º 5770**

### **Cómo se siembran los nuevos sueños**

Había una vez, y también dos y tres. Tres éramos las hijas de mis padres que todos los días saludábamos a la luna antes que al sol con aguapanela en mano. Todas mis hermanas, por su edad, se quedaban en casa, pero yo iba a estudiar. A veces faltaba porque tenía que quedarme con ellas a recoger el café cuando papá enfermaba. Hoy era un día de esos; sin embargo, Ana, la mayor, me dijo que me fuera porque no podía seguir faltando a clases porque ya casi terminaba el colegio. Eran ya las ocho cuando terminamos de darle el desayuno a papá, así que tuve que salir corriendo. Con el cabello desordenado, mi aguapanela en una botella de gaseosa y mi desayuno encaletado porque no tenía tiempo para comer ni para un uniforme, aunque este estuviera roto. Cuando llegué a clase todos me miraron con extrañeza porque estaba con mi ropa de trabajo. Tenía unas botas negras y viejas, un delantal rojo y la camisa con la manga rota. Las miradas de la clase no estaban con el profesor, estaban conmigo señalándome por nunca esperar encontrarme así. Antes de acabar la primera hora, el profesor Carlos, quien era de los pocos que se preocupaba por nosotros, nos preguntó sobre qué queríamos hacer el próximo año que saliéramos de este lugar. Matías

dijo policía; Miguel dijo contador; Sofía que actriz; Miriam, futbolista; Antonia, administradora de empresas, y de ahí perdí la cuenta de los sueños y las empresas que se iban a construir encima de esta tierra. Yo, Cristina, dije que chapolera. Algunos se rieron, otros susurraron; el profe Carlos no dijo nada. Yo volví a trabajar.

**Laura Cristina Escobar Marín**, 17 años  
Fredonia, Suroeste

## *Finalistas*

**N.º 3684**

### **Ahora tengo un propósito**

Aparecí de la nada. Solo recuerdo haber sido atropellado. Me siento solo y no sé dónde estoy. Ni siquiera recuerdo mi nombre. Estoy como en un bosque de muchas montañas y veo el vacío, el espacio. Antes, solo seguía lo que decían mis padres según lo que recuerdo, pero no tenía propósito. Pero ahora que veo el vacío del espacio, tengo ganas de ser uno con él, pero no quiero. Así que trato de alejarme, pero algo me lo impide. No puedo salir del bosque. Algo en mi interior no quiere que me vaya del bosque. Siento que ahora sí tengo un propósito: llegar al espacio. Veo todo a mi alrededor y veo muchas y muchas montañas y al final un gran camino de escaleras que me llevan hacia mi destino. Comencé a subir, pero me caía. Así fueron los tres primeros días, pero por fin pude escalar algo cuando escuché una voz:

—¿Qué estás haciendo? ¿Por qué subes?

Respondí:

—Porque es mi propósito. Siento que estoy haciendo lo correcto. —Y seguí subiendo.

Luego de unas horas subiendo, comencé a ver una ciudad. En el cartel decía Caucasia. «Así que estoy en Caucasia», pensé.

—El propio Caucasia —sonó la voz de nuevo.

—¿Quién eres? —pregunté.

—Yo soy una simple ardilla, y la verdad, no sé por qué podemos comunicarnos si no hablas mi idioma.

—Ah, OK. Entonces seguiré subiendo —respondí.

Así que continué subiendo. Ya tenía algo de experiencia de los días anteriores. Luego, comenzó a sonar una música. No supe de dónde provenía, pero, a pesar de eso, no dejé que me distrajera y seguí subiendo. Llegué a una zona donde había una cueva. Una casualidad, ya que estaba a punto de llover, así que aproveché para dormir. Al siguiente día, todas esas rocas estaban resbaladizas. Era casi imposible escalar. Me sentí frustrado y no sabía qué hacer porque algo dentro de mí me decía que llegara rápido al espacio. Así que dejé de lado las rocas resbaladizas y seguí subiendo. Luego, la voz volvió y me dijo:

—Estás consciente de adónde estás yendo. Tu camino es hacia un lugar peligroso.

—Sí —respondí.

—Bueno, amigo, me despido. Sigue tu camino y llena tu vacío existencial.

Luego de unos momentos, me caí y empezó a sonar una música melancólica, la cual me hizo frustrar. Pero de todas formas seguí subiendo sin importarme nada. Luego de eso, me di cuenta de que todo el camino había estado desnudo y cuando me miré las manos estaban tan raspadas por subir rocas. Y no me había dado cuenta de que no podía sentir dolor. Pero seguí subiendo y estaba cerca de mi meta. Yo estaba ansioso de poder llegar a mi destino, llenar este vacío sucio y tener, por fin, un propósito.

Llegué a las escaleras, las cuales a cada paso que daba brillaban de color blanco. Luego pasé todas las capas de la atmósfera y llegué a mi destino: el espacio. Sonriente, estaba antes de congelarme. Por fin, conseguí mi propósito.

**Alejandro Rendón Villareal**, 14 años

Caucasia, Bajo Cauca

**N.º 4175**

### **El café de las mañanas**

Aún recuerdo todo, cada mínimo detalle que hacía que mi padre fuera el mejor superhéroe de mi vida, el que iluminaba mis ojitos cada vez que lo veía, que me cargaba en sus hombros cuando llorar era mi única solución al estrés infantil. Cómo olvidar cuando se sentaba con su taza de café y con cada sorbo desprendía una cantidad de vapor que salía disparado y empañaba sus lentes oscuros, y yo, con risa tímida, lo miraba desde mi mesita del té; y él, con su cara llena de arrugas y sus ojitos color miel, me miraba como la princesa de sus ojos mientras terminaba de tomarse su bebida. Cómo olvidar su camisa de cuadros rojos, su pantalón jean azul, que a causa del tiempo se había desteñido, sus botas de pantano que, por el uso, sus suelas estaban llenas de barro y, además, nunca olvidaré su vaina color café, donde reposaba su machete que tenía sus manos talladas por el uso diario. Recuerdo que se sentaba a la mesa, esperando a que mi madre le sirviera el desayuno y lo recibiera con un beso en sus labios y una sonrisa tierna. Mi hermano se sentaba también en la mesa con su uniforme del colegio y con unas botas pantaneras ya que, en la noche anterior, la lluvia había invadido el pueblo. Nuestra madre, ese día, nos había preparado unas ricas arepas con queso, y un tinto oscuro para despertar los ánimos; y mi padre, de un solo bocado, se devoró todo eso, sin dejar rastro de algún alimento allí. Esta acción nos llenó de risa a todos, al ver que él tenía tanta hambre. Además, iba tarde a la labor de todos sus días. Se levantó de la mesa, llevó los platos al

fregadero y con un beso en la frente nos despidió a mi hermano y a mí. Mi madre, por el contrario, lo acompañaba hasta la puerta y con un beso en la boca y echándole la bendición mi padre salía orgulloso a su trabajo a recolectar café en las montañas de su pueblo, sabiendo que tenía la mejor familia del mundo. Todos mis recuerdos se nublan, cuando ese día, que se veía hermoso y resplandeciente, se tiñó de un gris abrumador. Sonó la puerta. Mi madre, como de costumbre, salió a ver quién era. Uno de los compañeros del trabajo de papá, que con sudor y cansancio y con sus ojos algo lagrimosos, le dijo unas cuantas palabras a mamá y ella salió corriendo de inmediato. La intriga y la duda me llenaron la mente y perseguí a mi madre sin que ella se enterara. Pero qué triste y desgarradora escena, al ver a mi padre en el suelo, con sangre cubriendo todo su cuerpo y su recolecta de café regada por todo el cultivo. Y no solo esto, ver a mi madre en un llanto abrasador, que hizo que se apagara la llama que había en mi corazón.

**Mateo Granda Botero, 17 años**

Segovia, Nordeste

**N.º 4388**  
**Alzheimer**

En las mañanas entra en mi habitación una mujer vestida de flores con una hermosa sonrisa; ella es mi amiga, cada mañana besa mi frente y abre las ventanas, dejándome ver a los niños que pasan con sus madres y entonces le pregunto: «¿Yo por qué no tengo madre?». Ella sonrío y sin contestar me da unas pastillas que saben horrible, pero yo no le digo para que no deje de venir a verme; ella dice que esas pastillas me regresan los recuerdos y recordar es como un sueño en el que veo a mi padre con su sombrero y también mi casa grande y roja, con su hermoso jardín que me hace sentir viva como cada flor que allí reluce y que yo sembré con mis propias manos. Aunque no puedo recordar el nombre de la mujer que me enseñó a sembrarlas, solo sé que era bella, porque en mi casita roja está su foto, y aunque no sé cómo se llama, sé que me enseñó todo lo que recuerdo cuando tomo las pastillas, a hacer vestidos hermosos, a sembrar flores —porque un lugar lleno de flores es un lugar con motivos para ser feliz—, a hacerme trenzas y a abrir las ventanas todos los días para que el sol y la música de la naturaleza llenen de vida la casa. Me enseñó muchas cosas, pero, ahora que lo noto, entre tantas cosas que me enseñó, olvidó decirme cómo se ponen los zapatos, porque siempre estoy descalza, ¿o será que el recuerdo de los zapatos se fue de mi mente con su nombre? No lo sé, pero ya escucho que viene mi amiga, sus pasos me aceleran el corazón, porque sé que se quedará contándome historias toda la tarde. Ella tiene muy buena imaginación; una vez me dijo

que yo era su madre, pero sé que no es así, ¿cómo es posible que ella me tenga por madre cuando yo no tengo una madre? Eso es injusto, sé que solo son sus historias. Ella tiene un nombre, una vez me lo dijo, pero creo que ese día no limpié mis oídos, porque no lo escuché y no lo recuerdo, pero no importa, ella pronto entrará en mi habitación y me lo dirá, porque todo lo que le pregunto lo sabe contestar, todo excepto por qué no tengo madre. Yo creo que tengo madre en las noches, porque los niños tienen madre en las mañanas cuando van a la escuela y yo no voy a la escuela, los adultos tienen madre en las tardes cuando toman tinto con ellas, pero yo no tomo tinto, solo quedan las noches para mí, pero creo que mi madre llega cuando ya estoy dormida y por eso nunca la he visto; yo me siento a esperarla con ansias de abrazarla pero de tanto esperar me duermo y lo siguiente que veo es a mi amiga entrar en la habitación a devolverme la memoria con pastillas e historias.

**Karina Correa Monsalve**, 17 años  
Yarumal, Norte

N.º 4683

### Desconcierto, miedo, esperanza

Como escondidos del tiempo, no tanto del conflicto, viven las poblaciones del nordeste antioqueño: el Bajo Cauca. Hay de todo, pero, sobre todo, personas religiosas que creen más en la Iglesia que en todo en lo que es posible ser devoto. ¿Cómo no hacerlo? La Iglesia es tan benigna y grande que en ella cabe todo el mundo. Hay espacio para los victimarios. Según ellos, son los más atormentados por sus pecados; se presentan allí entre lágrimas, hablando de cómo su desdicha causa desventura a aquellos que tuvieron la grata suerte de encontrárselos. Hay espacio hasta para las víctimas. Tienen merecido un sitio especial en medio de la gran tarima por el melancólico hecho de haber con precisión en un cajón de madera, del cual se volverán intrínsecos desde aquel momento en el que se empieza a extrañarlos hasta por el resto de su inerte existencia. El resto de seres, quienes sienten una confusión perturbadora entre tristeza y lástima, viven en medio de un mero e insignificante interludio de vida y muerte, y lo más triste es que ellos ni siquiera tienen derecho en la decisión más importante de su porvenir, vivir. Un día puede Gloria Garcés, quien tiene un puesto de empanadas, estar vendiendo en una esquina aquella comida que hace con masas, carnes, sal y una pizca de amor, deseosa de sacar adelante una extensa y prematura familia; sobreviven gracias a tal esfuerzo. Y al otro, podríamos encontrarla tirada mientras caminamos por una senda cercana a la ribera, tiñendo con su sangre, con su escurrida pero ya ajena sangre las aguas

del río Nechí, meramente por haber ganado la lotería de la desgracia. La confundieron con Gloria Machado, que vive a seis calles. Vende manillas, cadenas, jarrones y demás artesanía cerca al barrio de San Gregorio, desviviéndose porque con la plata de los negocios turbios de su hijo no alcanza para pasar el hambre y que una vez regaló, más bien por miedo, una manillita a un hombre con olor a muerte vestido de verde, con manchas rojas, secas pero fuertes que no parecían pertenecerle y que, pese a ello, naturalmente, no comprendía por qué otros hombres de ese verde camuflado y desteñido la venían buscando. El caudaloso río se crecía saliendo de su cauce, inundando los puentes y las casas con una desesperada mezcla de agua, pantano, sangre y lágrimas. Escupía aquellos cuerpos hinchados e irreconocibles que no tuvieron dicha suficiente como para que los velaran como a dioses y con estatuas en medio de un altar, en medio de la muchedumbre, en medio de las fiestas o, incluso, en medio de la guerra. Y aun así, ellos, los inertes sin lápida, prestaban sus cuerpos desangrados, sus cuencas vacías, sus una vez palpitantes y ardientes corazones a las tierras que los vieron nacer y morir. Haciéndolo con devoción pasional, parecían evocar las penas, las obras y los pecados de los antiguos, hasta de los recientes. Donde había un muerto, un árbol crecía. Vivíamos en medio de un bosque.

**Farley Alexander Lemus Muñetón**, 16 años  
Zaragoza, Bajo Cauca

N.º 4691

## El río vendrá por otro

En mi infancia siempre se escuchó una historia, se trata de una maldición que se repite periódicamente, donde según los ancianos cada año el río ahoga a alguien. Y nunca imaginé que fuera real hasta que el río me llevó... Nada me causaba más miedo que morir ahogado, ¡y qué mala suerte, así fue mi muerte! Era una tarde de verano y el calor era fatigante. Por fortuna, febrero había llegado y con él las fiestas tradicionales del bocachico en las playas del río Cauca, así que mis amigos propusieron pasar una tarde divertida y bañarnos en un río que no quedaba muy lejos. Al llegar al lugar vimos a unos pescadores que de inmediato nos advirtieron que el agua vendría por la parte que le correspondía. No entendimos lo que quisieron decir, pero aun así no dudamos en ningún momento y nos tiramos de clavado al río. Así que empezamos a bañarnos y a jugar en sus aguas. Unas horas después la corriente del río empezó a ser más fuerte y nos preocupamos. Asustados, decidimos salir, pero una fuerte corriente, con gran agresividad, nos hundió y sentí que había muerto ahogado, hasta que volví a recibir oxígeno y estaba en un lugar desconocido donde la luz del sol no llegaba, perdí la noción del tiempo y la sensación de estar muerto me causaba escalofríos; aterrizado pude ver a un dios que no tenía forma definida y su nombre no debía ser mencionado en voz alta. Rápidamente reaccioné y, quitando la vista, lentamente, agaché mi cabeza porque a este dios era imposible sostenerle la mirada. Me resolví y le pregunté:

—¿Quién es usted?

—Yo soy un dios fundador, creador del agua y de los minerales preciosos, fui quien creó el río en este lugar.

Sorprendido, le dije:

—Y si creó este río, el oro que nos da la economía y los peces de los que tradicionalmente gozamos... ¿por qué ahoga a las personas?, ¿es usted malo?

Cambió su carácter y me contó que tiempo atrás su hermana, la creadora de las tierras fértiles, hizo una promesa y le dio el poder de cuidar la tierra y el agua a los primeros habitantes de este lugar, brindando a cambio la posibilidad de habitarla, pero al pasar el tiempo rompieron la promesa. Destruyeron la flora y la fauna de esta región. Y desde ese momento utilizó su poder para ahogar a los pobladores. Avergonzado por lo que escuché, entendí la furia de aquel dios. Así que le propuse que si me devolvía la vida, prometía preservar la riqueza natural que hacía único a Caucasia. Aquel dios me concedió su bendición, y desapareció en la oscuridad. De inmediato pude salir a la superficie, vi a mis amigos disfrutando de la corriente del río, quienes me dijeron muy tranquilos:

—Aguantaste mucho tiempo la respiración, Steven...

**Steven Acosta González**, 17 años

Caucasia, Bajo Cauca

N.º 4828

### ¿Quiénes son esas personas?

Toda mi niñez la recuerdo en el aguacatal; mi casa con techo de tejas era la mejor aunque el viento la levantaba en las grandes tormentas de lluvia, o solía ser perforada por aquellas balas perdidas; también tenía ventanas con barrotos de madera, un vaso de metal que adornaba la cocina y unos cuantos santos que veneraban en mi casa junto con el rosario de cada noche. La vida allí era muy tranquila, algo difícil, pero tranquila. Las madrugadas a ordeñar con mis hermanas y las temporadas de café eran las más difíciles, pero en definitiva desgranar el chócolo y los frijoles con mi padre eran de mis cosas favoritas. Cuando tenía alrededor de ocho años era muy común que llegaran personas extrañas a casa, ellos se sentaban en nuestras sillas, dormían en nuestras camas y mamá les preparaba de comer, sin embargo, nosotras nunca convivimos con estas personas, sabía que ellos estaban cerca debido a que mi padre nos encerraba a mis hermanas y a mí en un pequeño cuarto aislado de la casa, donde todas nosotras debíamos guardar silencio hasta que ellos decidieran irse y papá viniera a buscarnos nuevamente, cuando papá decía «vienen ya», sabíamos nosotras que era tiempo de correr hacia el cuarto; no sabía qué sucedía, el miedo nos hacía obedientes. Un día escapé del cuarto, me escabullí entre la noche y los valles oscuros que nos rodeaban a diario junto con los espeluznantes cantos de los grillos que te hacían sentir una presencia en tu espalda; me acerqué hacia la ventana de madera que daba a la cocina a observar qué sucedía. Allí pude ver a mis

padres amarrados de sus manos y de sus pies y con un trapo que rodeaba sus bocas; madre estaba llorando desesperada mientras las personas golpeaban a mi padre preguntándole qué tenía que ver con aquellos hombres. Estas personas de ahora no lucían igual a los otros, pues estos estaban uniformados y tenían armas más grandes. Papá intentó convencerlos de que no tenían nada que ver con ellos, que solo llegaban a casa por temporadas y por seguridad nunca se negaron a recibirlos, después de lo dicho hubo segundos eternos de silencio. El que parecía ser su líder apuntó a la cabeza de mi padre y sin remordimiento alguno haló del gatillo. Nunca podré olvidar esa mirada fría y penetrante que gritaba lo insuficiente e insignificante que era la vida de mi padre para ese señor. Mi madre soltó un grito desgarrador a lo cual le apuntaron para que se callara y al no hacerlo le dispararon en su brazo derecho, dieron media vuelta y siguieron su camino. Para ellos, un cadáver más; para mí, mi vida entera. Para ellos, parte del negocio; para mí, ausencia eterna. Ahora los cementerios se camuflan de montañas, el cielo decide ser noche, no puedo diferenciar si es el humo de las llamas que corren por el campo de la coca o mi vida que cada día se consume en ella.

**Sara Melisa Granda Torres**, 16 años

Yarumal, Norte



N.º 4831

### Quizás en otra vida

En Apartadó, junto a una pequeña comunidad en el río, vivía un joven llamado Emilio, que tras sufrir la pérdida de su madre y el abandono de su padre, se refugiaba en largas caminatas para escapar de la soledad y el tormento que lo consumía a diario en su hogar. Un día, su tío, sumido en la miseria y los rencores, lo agredió violentamente y lo arrojó al suelo. «¡Emilio! ¿Dónde carajo estabas? Necesitaba que compraras unas cervezas y no te vi por ahí», exclamó el tío gritándole fuertemente mientras lo golpeaba. El espíritu del joven quedó aplastado bajo el peso de su crueldad. Tirado en el suelo y sin decir una sola palabra, Emilio encontró consuelo en sus recuerdos, el único lugar donde podía escapar de la dura realidad que lo rodeaba. Se retiraba en su mente, reviviendo momentos de alegría y amor de su pasado. Emilio buscaba breves momentos de felicidad para aliviar su dolor. Sin embargo, la oscuridad crecía en su interior y pensamientos perturbadores lo consumían poco a poco. La idea de poner fin a su sufrimiento se convirtió en un susurro inquietante que rápidamente, consumió sus pensamientos. Una tarde sombría, mientras llovía incesantemente, Emilio tomó una decisión fatídica. Se encontró parado en el borde de un puente, mirando las aguas agitadas debajo. Las gotas se mezclaron con sus lágrimas, cada una de las cuales llevaba una carga demasiado pesada para soportar. En ese momento de desesperación, los recuerdos de Emilio inundaron su mente una vez más. Recordó las risas genuinas de la infancia, los cálidos abrazos compartidos

con los seres queridos que desde entonces se habían desvanecido. El peso de sus penas chocó con una gran presencia que lo abrazaba desde atrás, era su madre, quien con lágrimas le decía: «Hijo mío, no esperaba que este fuera el momento, pero aquí estamos juntos otra vez, siempre he estado pendiente de ti, hoy al fin puedo volver a abrazarte». Con lágrimas en sus ojos, Emilio rápidamente giró y abrazó fuertemente a su madre, agradeciendo por fin estar junto a ella; la sujetó de la mano y la llevó al pueblo, el cual estaba más luminoso que nunca, donde pudo encontrar la felicidad que tanto anhelaba. «¡Mamá, mamá! ¡Mira qué hermoso está el cielo!», exclamó Emilio. «Sí, amor, mira estas mariposas tan hermosas. A pesar de todo, las mariposas también mueren», dijo la madre mientras bajaba la voz... Retomando la sonrisa, cargó a su hijo y empezó a bailar y cantar alegremente en el pueblo. Al día siguiente, después de buscar arduamente, lograron encontrar el cuerpo del niño, que era iluminado por un gran rayo de luz, con su pequeño cuerpo pálido y su rostro reflejando una gran tristeza demostró que su corazón había estado oscilando entre la oscuridad y la luz. Qué tal si me hubiera tocado otra vida, qué tal si me hubiera tocado otro tiempo, qué tal... si me hubiera tocado otra forma de liberarme, pero no te pongas triste, mi final feliz era así.

**Juan Esteban Gómez Montalvo**, 17 años

Apartadó, Urabá

**N.º 4890**

### **Marín cegatón**

Don Marín Basiler era un pobre viejo que vivía en mitad de la jungla antioqueña. El señor ya tenía un cuerpo débil y le costaba trabajar, así que se pasaba los días observando la jungla que lo rodeaba. Desafortunadamente, Marín tenía una visión terrible, y solo podía imaginarse qué era lo que estaba viendo en realidad. De vez en cuando, su nieto Nurio le hacía visita; un hombre de porte fuerte, con un traje negro y una cara un poco alargada, con mucho carisma y un gran aprecio por su familia; especialmente por su abuelo. El señor Basiler nunca era visitado por otros familiares, solo Nurio. Por eso, cada vez que se iba, contaba los segundos hasta que regresara. Como a diferencia de él, Nurio tenía una visión excelente, este último le contaba qué era lo que veía mientras se sentaban juntos en el porche de la casa, relatándole historias de su día a día: resulta que el joven era un pescador, y muy bueno, además. Cada vez que visitaba a don Marín, le contaba sobre sus cazas; incluso a veces le traía algunos peces. Pasaban los días y las noches y Nurio no podía estar siempre junto a su abuelo, lo que lo entristecía mucho. Así que, cuando su nieto lo fue a visitar, don Marín le dijo: «Mi querido Nurio, me gustaría ver el bello bosque a mi alrededor, pero mis ojos no me lo permiten, ¿qué debería hacer?». Al oír esto, lleno de pena por su abuelo, Nurio le responde: «Deberías conseguirte unos lentes, así podrás ver mejor y apreciar la naturaleza que te rodea». Don Marín estuvo de acuerdo con la idea y pronto viajaron a la ciudad. Una vez allí, visitaron a un doctor

que, después de revisar al anciano, decidió recetarle unas gafas. Luego de algunos días, los lentes de don Marín estuvieron listos. Ya en su casa, Nurio le dijo emocionado a su abuelo que se los probará. Al ponerse los anteojos, don Marín se encontró atónito ante el hermoso despliegue de colores que tenía frente a sí. Colibríes de todos los colores, ocelotes, guaguas, jaguarundís, osos hormigueros y cusumbos se paseaban y se trepaban en los árboles buscando algún tipo de alimento; una parvada de diostedés se posaba en las ramas de los árboles, comiendo fruta y buscando pareja. Escuchó un canto familiar: bi-cho-fué; sin embargo, estaba vez pudo reconocer de dónde venía; un bello pájaro blanco, negro, amarillo y café. Asombrado, el anciano se giró para mirar a su nieto, pero imaginen la sorpresa del señor Basiler cuando se dio cuenta de que su nieto no era una persona; era un cormorán. El traje negro que solía entrever era su hermoso plumaje negro, y su cara alargada no era más que su pico. Sin embargo, don Marín solo abrazó a Nurio, le dijo que se veía muy guapo, y luego lo invitó para sentarse; esta vez, apreciando juntos la belleza del bosque.

**Miguel Ángel Muñoz Olarte**, 17 años  
Jardín, Suroeste

**N.º 5055**

### **La placita**

Hoy es un día común y corriente en la plaza de Chigorodó. Camino como siempre un lunes a las 7 a. m. hacia la tienda de Juan, la misma rutina. Aunque el día estaba igual, sentía algo diferente, quizás fue la muchacha embarazada que estaba parada en la esquina de mi casa, rebuscándose la papa; aunque llevaba la cabeza un poco cabizbaja, pude ver algo en su mirada. No quise ser atrevido, ni preguntarle nada, conté con que nunca volvería a ver a la muchacha. Continué con mis actividades en la plaza, puliendo zapatos, que era lo que normalmente solía hacer, y así llegó la 1 p. m., hora de almorzar, revisé mis bolsillos, pero todavía no me había hecho la plata ni pa desayunar; no tuve más que aguantar, cómo decía mi mamá, hay que economizar. Y así se me fue ese lunes, con un clima un poco templado, algo muy extraño, porque aunque estamos llenos de páramos siempre tenemos un calor del berraco. Al día siguiente, un martes común y corriente, lo mismo de ayer, lo mismo de siempre; la señora de la tienda sigue vendiendo tintos calientes. Pensé que sería un martes igual que lo habitual, aunque llevaba la ilusión de ese día poder hacerme la plata pa desayunar. Las campanas de la plaza sonaron tres veces, recuerdo sus sonidos ensordecedores al costado de mis oídos, y ver pasar como un brillo al hijo del zorrillo, ya saben, el hijo del poderoso, el que todos saben que anda en vueltas raras pero nadie puede decir nada. Pensé en cómo quería llevar los tenis limpios de ese *man* en vez de los que me había prestado el vecino Juan. Supuse que

tenía que trabajar más, así que agaché la cabeza y tomé el asiento que según me merezco, como cualquier pueblerino. Seguí gritando a ver quién quería que le lustrara sus zapatos, aunque no logré llamar más clientes. Al igual que muchas personas en la plaza, vi a aquella prostituta embarazada, la cual era obligada. Vi cómo la llevaba a la fuerza, curiosamente, el hijo del zorrillo. Pero nadie dijo nada, al parecer pasará a otro suceso, enterrado y callado en la historia de este pequeño pueblo. Pues yo soy un forastero, en palabras de ellos, mi único delito quizás es no tener gallardías, pero no quiero que mi tía se levante un día y vea mi cuerpo tirado en una esquina, y, como quien dice, por asuntos que no me competían. Ahora logro entender la profundidad en los ojos de aquella muchacha, el dolor que habitaba incluso en el aire, ese miedo a la oscuridad, pero no en sentido literal. Ese miedo que todos sabemos que está, pero del que nadie puede hablar. Del que quizás nadie aquí se pueda salvar. Haces parte o te llevan por detrás. Bueno, no nos queda más.

**Yarleidy Palacios Cabrera, 17 años**

Olaya, Occidente

N.º 5737

### Escondarse detrás de bambucos

Se apagan las luces, ha llegado mi momento. Es hora de irrumpir el sueño de los clósets y robarles las prendas exquisitas de mi madre. Hay una falda blanca que refleja la luz de la luna y hace que la tome sin pensarlo dos veces. Su lino fresco hace que me tienta más y entonces me la pongo sobre mi pijama. Salgo corriendo a mi habitación antes de que alguien me observe y cierro la puerta. Me río de mí misma, y de lo juguetona que soy cuando nadie me observa, tanto así que pongo una cumbia para menear la falda junto con sus boleros sin miedo. Bailo hasta que me canso, y luego salgo al balcón a ventearme un poco. La calle está sola, la tienda de la esquina ya cerró y por la loma del parque no se observa nadie; en la esquina ni siquiera están los fumadores de siempre. Tengo pista libre, pienso, y entonces bajo por la baranda del balcón llegando al poste para caer en la acera. Al tacto de mis pies se siente el asfalto frío y fresco para contrastar mi temperatura y seguir bailando sin estar en el calor de mi cuarto. Salto en la punta de mis pies hasta el otro lado de la calle cantando: «Trove, trove, mi compañera; trove, trove, mi compañera», como decía mi madre en su canción de cuna siendo trovadora cuando vivíamos en Amagá y no nos daba tanto frío en las noches como acá. Piso mal, se me tuerce el tobillo, pero no me duele, y sigo bailando de un lado al otro moviendo mi cabello con la brisa que deja el fin de agosto mientras hago pasos al azar. La noche está libre y yo me hago libre con ella mientras siga moviendo mi falda. Se encienden las luces, ha

acabado mi momento. Alguien ha irrumpido en el salón, es mi profesora que buscándome me encontró. «¿Usted por qué está vestido así, Cristian?», me preguntó.

**Laura Cristina Escobar Marín**, 17 años

Fredonia, Suroeste

**N.º 5867**

**Antonio**

Y a la distancia, sentado en la mecedora de su abuela, Antonio observó aquellos gigantes de luces coloridas e itinerantes que se alzaban imponentes sobre las montañas. Siguiendo su curiosidad, Antonio abandona su hogar y acompañado por el manto de la noche alza vuelo, ansioso de conocer esos seres que lo llaman. En el viaje, tenía como acompañantes: el peso de su niñez y su inocencia. Al llegar, se da cuenta de que aquellas luces eran nada más que grises edificios de concreto que se alzan en la noche, orgullosos, sobre la decrepitud que cargan los hombres en sus párpados. Sin darse cuenta, Antonio fue consumido por aquel laberinto de piedra, frágil y real que se llama ciudad.

**Licet Katerine Zapata García**, 17 años

Sopetrán, Occidente

*Categoría Adultos*



**N.º 4584**

### **Bagazo**

Si los cañaduzales hablaran, seguro lo harían con los mismos jadeos y gemidos de Olga. Hasta cuándo tendré que seguir trayendo mis sábanas hasta aquí, por qué no podemos hacerlo como la puta gente normal. Esos fueron los reclamos que Olga le hizo a Leo, como le decía de cariño, pero Leo supo ahogarlas muy bien con sus manos entre las piernas, como quien mete los dedos en una naranja jugosa; y con un beso aguado y un téngame paciencia, sumió a Olga entre los bagazos de caña. Sus lamentos ahora eran tan ardientes que, con el fuego que avivaron podrían hervir las pailas de aquel solitario trapiche. Cada reproche terminaba así, atrapado entre las piernas y silenciado con las tetas; siempre era la misma escena, con reclamos parafraseados y finales aparentemente felices. Sin embargo, seguían atizando ese amor delincuente; oculto entre las tardes, las mañanas o las noches; cualquier hora era perfecta para amarse, para apaciguar los tormentos de sus hogares casi extintos. Un intercambio de saliva o unas nalgas duras como la panela bastaban para olvidarse de los niños, de la cocina, del mercado, de la ropa sucia en la poceta; solo con una mirada de Leo, Olga olvidaba que los frijoles ya debían haber pitado; y los senos puntudos de Olga hipnotizaban

tanto a Leo que olvidaba la hora de encerrar las vacas; no le importaba que los terneros se mamaran la leche... «Ellos también tienen derecho», le decía a Olga con su risa retorcida. Así eran todos sus encuentros, entre los bagazos de caña, los reproches y bajo el sofocante clima de Cisneros, ese pueblo que vio nacer y morir al ferrocarril de Antioquia; donde, al parecer, el amor se cocina al escondido, pero también allí el romance tiene una estación final, eso era lo que Leo ignoraba. Ese día, después del sexo, Olga no disimuló su enfado y puso fin a las promesas incumplidas, así que, en silencio, con los ojos aguados y las piernas aun temblando, dobló la sábana azul de rayas rojas e intentado ahogar su llanto solo pudo decir: «No puedo seguir así, no me vuelvas a escribir, Leonora».

**Luis Alfonso Acevedo Escalante**, 38 años  
Andes, Suroeste

### **N.º 3331**

#### **La noche más larga**

Hace rato se le ve en el parque de Argelia recorriendo con su mirada las jardineras coloridas y releendo la misma hoja del periódico de hoy. El sol comienza a perder su tibieza y Miguel sigue sentado en esa banca dura y fría. Deja que sus ojos asciendan hasta el horizonte, hace una pausa en el filo de las montañas antes de que su memoria se instale allá, detrás, al otro lado, donde existen lugares que le traen recuerdos. De aquellos días, cuando tenía siete años, le quedaron unas imágenes intermitentes. Recuerda que ese día los pobladores de la vereda Mesetas, por alguna razón evitaban estar en sus casas y se agolparon en la fonda. Estaban inquietos. Los hombres se miraban en silencio con rostros apagados, grises, sin vida. Las mujeres cargaban a sus hijos en brazos y conversaban en voz baja, mientras se echaban la bendición. Se hablaba poco. Platos con fritos y algunas cervezas pasaban de mesa en mesa en medio de un ambiente tan tenso que lograba apretujar su pequeño estómago. Miguel no quiso recibir de aquellas comidas. Ante la insistencia de su tía aceptó un trozo de chicharrón y otro de morcilla, pero estos se negaron a permanecer en su barriga y tuvo que correr hasta el cafetal para expulsarlos. Cuando iniciaba la noche sintieron



pisadas de botas. A todos se les cortó la respiración. Las miradas se clavaron en el camino mientras pasaban varios uniformados. Eran cinco, tal vez ocho o quizás veinte. Y por mucho rato, nadie pronunció una palabra. Después se desintegró la reunión y salieron en estampida hacia sus casas. Miguel corrió afanado de la mano de su tía por un sendero tenebroso. Una vez en la cama, su noche fue un largo sueño, donde desfilaron sombras que iban y venían en medio de la fiebre. Fue esa comida, pensó. A la mañana siguiente nadie habló de lo que había ocurrido. Solo su barriga insistía en hacerse escuchar de todo el que estuviese cerca. Quiso ir a jugar a la casa de su amigo Ramiro, pero su tía no se lo permitió. Sus preguntas fueron ecos perdidos en el vacío y en un mundo de silencios. En la tarde le ordenó empacar su ropa para no volver durante muchos años. El sol ha desaparecido. Miguel se reacomoda. El frío de la banca aprieta sus huesos. Está intranquilo y con la mirada perdida. Entonces recuerda que diez años después, al visitar a su tía, ella se encargó de darle claridad y continuidad a las imágenes. Doce hombres armados que habían visto subir rumbo a casa de la viuda Eloísa, bajaron luego con Ramiro, su hijo, que ya vestía el camuflado que le obligaron a usar. Se levanta rápido y deja que sus pasos lo muevan lento. Su rostro está abatido, en la boca lleva aquel sabor agrio que con frecuencia sube desde su estómago y bajo su brazo el periódico que relata sobre una fosa común donde fue encontrado su amigo de infancia.

**Gabriel Antonio Arango Henao**, 62 años  
Rionegro, Oriente

**N.º 3383**

### **La voz de la montaña**

Aire puro, verde intenso, frescor del agua; senderos que llevan a los recuerdos de una infancia vivida entre risas y juegos, entre cantos e ilusiones; entre vacas y gallinas; entre maíz y frijol. Así, se recreaban en mi mente cada uno de los momentos transcurridos en el campo, lugar en el que la hospitalidad de su gente siempre te permite volver con las manos llenas. ¡Tenga, lleve estas papitas! ¿Le empaco unos frijolitos? ¿Quiere llevar lechita? Expresiones que denotan la generosidad de nuestra gente y la abundancia de nuestra tierra. Tierra labrada por las manos de campesinos pujantes, madrugadores y amables; campesinos que acompañan al sol en su despertar y regresan a casa justo cuando este se pone; entregados al campo y empoderados de su más grande riqueza, la tierra. En los ires y venires de mi gente, por las imponentes montañas de Antioquia; cierto día, se dieron cuenta de la presencia de máquinas ajenas a ese lugar, máquinas frías que acechaban el pie de la montaña; que con sigilo observaban e imaginaban tesoros que se escondían bajo las raíces de aquellos guardianes del bosque; quienes guardaban en su interior secretos vivos, los susurros del viento, las tristezas de la noche y la soledad de la luna. La savia corría por su interior con el calor de la vida y con la misma energía con la que fluye la sangre en nuestras venas. Entre estos guardianes del bosque, había uno que había visto fuentes de agua nacer, sintió surgir del interior de la tierra aquel líquido cristalino que da vida; recordaba cómo los pájaros afrecheros venían a refrescarse, a mojar sus

alitas y beber unas cuantas gotas de agua. Este viejo árbol con hojas anchas y blancas, conocido como Yarumo, tuvo un mal presagio con aquellas máquinas intrusas y alertó a la montaña, a los animales que en ella habitan, a los seres míticos que acompañan sus noches. Toda la montaña se estremeció con aquella noticia y supo que desde aquel día tendría que estar alerta para evitar una invasión; para evitar la masacre de aquellos guardianes de la vida; para evitar la contaminación y la sequía de aquellos nacimientos que alimentaban a varias familias. Pero sabía además que no podrían hacerlo solos; así que en las hojas que caían de sus ramas, enviaron a los campesinos de aquel lugar el mensaje de que estaban en peligro. Mensaje que fue atendido por uno de los hijos de don Pedro, pequeño que jugaba en el patio de la casa y que escuchó el susurro de aquella hoja al caer; corriendo fue donde su padre y este, a su vez, donde todos los vecinos; quienes atendieron el llamado y aprisa llegaron al pie de la montaña; se tomaron de la mano y juntos hicieron un cerco vivo; el cual, con sus voces y su amor por la tierra hizo vibrar aquel lugar; generando en las máquinas que acechaban terror de estar allí. Nunca más volvieron a la montaña.

**María Isabel Betancur Urrea**, 31 años  
El Carmen de Viboral, Oriente

**N.º 3683**

### **Los deseos de San Perucho**

Hace mucho tiempo, cuando Antioquia era un manto de montañas sin habitar, vivía don José, apodado Perucho. A sus ochenta años era el último de su familia. En su juventud se dedicó a la caridad, pero por su edad ya no podía ayudar como antes, pues su cuerpo ya estaba muy desgastado. Un día, mientras buscaba leña, escuchó una voz que lo llamaba. Intrigado, se adentró en la penumbra y encontró un extraño candil. Perucho decide agarrarlo, y en ese instante surgió una humarada del candil. Frente a él apareció un ser aterrador; era un hombre alto, de piel roja, con colas y cachos. Perucho, pálido y tembloroso, gritó:

—¡EEELLL PAPAPATATAS!

Efectivamente lo era, y con una sonrisa burlona dijo:

—Te concederé cinco deseos a cambio de... ¡TU ALMA!

También te advierto que no podrás librarte de mí.

Perucho se calmó, a regañadientes aceptó y decidió probar al demonio con su primer deseo:

—Que naiden en ningún rincón se atreva a mentirme, sin eseciones.

El Patas cumplió el deseo, y Perucho se sintió poderoso. Inmediatamente le preguntó al terrorífico ser sobre su identidad y misión. Este confesó:

—¡SOY UNO DE LOS HIJOS DEL DIABLO! ENCARGADO DE LLENAR LA PAILA MOCHA CON ALMAS. Hace tiempo fui llamado «LA PESTE NEGRA», pero

por mis acciones, del cielo me condenaron a vivir en el candil, espero el día que algún incauto me libe... —Al instante se echó las manos a la boca para no seguir hablando. Perucho, después de escucharlo, se sentó pensativo, pasó horas murmurando y rascándose la cabeza. Finalmente, decidió su segundo deseo:

—Pos que el que vive entro de este farol no pueda hacé naaada hasta que toos mis deseos ten completicos.

El Patas, aunque consideró que era un desperdicio de deseo, aceptó. Con su tercer deseo Perucho sorprendió al Patas, pues pronunció:

—El viviente de este candil queda libre pa patojiar por toiticos laos a sus anchas.

Después de conceder el deseo, el Patas trató de atacar a Perucho, pero no podía debido al segundo deseo. Inmediatamente, Perucho decretó:

—El próximo que pida un deseo será la ultimita alma en ir a la paila mocha por cuilpa de este candil.

El Patas aceptó, pues estaba ansioso por cumplir los deseos, pero Perucho se limitó a marcharse. Pasó mucho tiempo y Perucho no pedía el último deseo, por lo que el Patas se volvía más y más impaciente. Hasta que un día gritó:

—¡POR AMOR A DIOS, PEDÍ EL DESEO!

Respondió:

—Pue lo pediré, pero con un trato, que hagas toíto lo que pida, ¡SIN REPROCHAR!

A lo que el Patas aceptó. Seguidamente, Perucho dijo:

—Quiero ser el que cuimpla los pedidos de este candil, y que vusté sea quien pida este deseo. Desde ese momento,

Perucho recorre Antioquia, escuchando historias y ayudando a cumplir los deseos de quienes lo necesitan. Por sus buenas acciones, se ganó el título de San Perucho, quien llena de bienestar y alegría las montañas de Antioquia.

**José David López Cuervo**, 33 años

Venecia, Suroeste.

N.º 3695

### Corazón de piedra

—Viento, llévale este poema a la cisne más hermosa del mundo —dijo el cuervo con cara de tonto—. Pero por favor no le digas quién soy.

Era el cuervo más feo de la región; solo tenía una pata, quebrada en tres pedazos, y su pico era ñato, grueso y torcido, y para colmo sus plumas escaseaban cada vez más ya que se arrancaba una cada vez que se disponía a escribir. Cada día que pasaba, los poemas le brotaban de su corazón como un manantial interminable.

—Ya sabes lo que tienes que hacer —decía la cisne al viento. Y el viento le empezaba a leer:

—«Qué me has hecho tú, mi cautivador anochecer ausente y perdido, mi ocaso ladrón de noches eternas de suspiros...».

Y así cada tarde la cisne esperaba ansiosa los poemas de aquel extraño enamorado:

—«Tú cruzaste por mi sendero marchito como una sombra distante y esquiva cuando mi rumbo perdido era un cielo de nubes oscuras...».

—Pero sigue, no pares —le acosaba la cisne.

—«Y mis ojos se enamoraron de tu mirar de inocente dulzura, desde entonces comprendí que te amaría, que te amaría hasta la locura».

—Dime, viento, qué dice mi eterno amor —preguntaba el cuervo mirando a un punto fijo como hipnotizado.

—Que sería hermoso conocerte, que debes de ser tan guapo y lindo como lo que escribes —le respondía él.

—No, no, es imposible, si me ve, se espanta, eso sería el fin de este imposible sueño —contestaba el cuervo con tristeza.

—Ella no puede verte, es ciega —le dijo el viento y se fue.

Al otro día, cuando el viento abrió el sobre para leer el poema a la cisne encontró dos ojitos negros y un escrito en el que decía: «Yo al verte a ti fue lo más maravilloso que me pasó en la vida, ya no necesito ver más, seré feliz con la imagen de ti en mis recuerdos». La cisne se puso esos ojitos tiernos y salió de prisa para ver a su enamorado. Lo encontró desplumado y temblando de frío bajo la lluvia.

—Eres muy espantoso, horrible y feo —le dijo—: Te imaginaba el cisne más bello de todos, no un desagradable cuervo. —Y rompió en mil pedazos todos los poemas para luego tirárselos sobre su pobre cabecita.

Esa noche, el cuervo se arrancó la última pluma que le quedaba y escribió: «Esta noche tan gris, este frío en el alma, cómo llueve en mi vida con tu ausencia, no hay calma. Luna cruel, dónde has ido, me mata esta distancia. Dime por qué te he perdido si necesito tu magia, ven aquí, encanto mío, a este mar de nostalgia».

Esa noche lloró tanto que sus lágrimas formaron la represa de El Peñol y murió ahogado con su llanto. Tiempo después la cisne también murió y el viento fue testigo de cómo el corazón de la cisne no se desvaneció, sino que se convirtió en una inmensa y dura piedra conocida como la piedra del Peñol.

**Joaquín Rodrigo Suárez Ossa**, 43 años

Guarne, Oriente

**N.º 3708**

**Petronia**

«¡Recoge esas fotografías!», se escuchaba gritar desesperada a una mujer de unos setenta y tres años. Un poco primitiva en sus gestos, con ojos perdidos y poderosa dentadura. Una figura grotesca diría alguno, para otros una mujer con un modo bastante peculiar de ir por el mundo, con sus faldones y uno que otro colgajo que hacían de ella un personaje teatral. En su casa nunca faltaban los gatos, las orquídeas y unas cuantas gallinas escarbando las plantas de maíz y yuca que su sobrino plantaba a regañadientes. La querían todos en la vereda, aunque no faltaba la mujer que la juzgaba de loca, de bruja y solterona. La verdad, esto tenía sin cuidado a Petronia Perea Mosquera. ¡Una negra concreta y resuelta a todo como ella misma se nombraba! Saborosa de secretos que perturbaban a muchos y entusiasmaban a otros. Ceremonial, mística, de labios maquillados y un rostro heredado de quién sabe qué ancestro. Dormía poco y su entretenimiento estaba en recordar vidas pasadas, para lo que se apoyaba de un álbum de fotografías que venía cargando desde que salió de las selvas del Chocó. Nunca se proyectó en un hombre, le parecían malnutridos, insaciables y perturbadores. La primera aparición de un hombre en su vida fue para pelea de felinos. No toleraba que nadie tocara ni sus gatos, ni que cazaran en su predio. Petronia era así, de una animalidad inquietante, que parecía todo el tiempo enfrentado a fieras y fantasmas. Vivía en un país imaginario, su mirada, aunque trataba de estar presente, se le veía perderse y sumergirse en lo más profundo de la selva.

Dibujaba jaguares, monos, tortugas, heliconias y palmeras, ayudada por sus dedos y una vara de palo de guayaba que ella misma había afilado. Cada que dibujaba aprovechaba para ver las fotos que guardaba con sigilo en una cajita de madera regalada por un misionero. ¿Cómo reconciliarse con el pasado? Se le escuchaba repetir con frecuencia mientras sus dedos se aferraban a la tierra húmeda de sus pasiones. Petronia es pesimista de estos tiempos. Su vida se teje entre la locura, abandonada de los sonidos de la selva, amenazada por la muerte sin poder volver a escuchar el rugir del jaguar. Hace rato no se le escucha gritar, su mirada devuelve al que la mira el reflejo de sus tristezas, haciendo que la gente convulsione y salga corriendo. Aseguran algunos que escuchan ruidos extraños. Petronia se ha quedado sola, poseída por el espíritu del jaguar, algo misterioso le corre el cuerpo, al punto de perder la cordura y caer desmayada. Petronia es ahora el jaguar, ha vuelto a su tierra. Sobreviven sus gritos en los recuerdos de todos. Algunos aseguran que por los caminos algo se retuerce, se queja.

**Juan Fernando Sánchez Vásquez**, 42 años

San Pedro de los Milagros, Norte

N.º 4157

### La vecina chismosa, memorias de una salvación

Aquella madrugada, una tras otra, las rutinas fueron sucediendo en casa de Yeya: el canto del gallo Kiriki de Cárcamo; el estropicio de los pasajeros de la chalupa de 5:00 a. m.; las cinco campanadas de la iglesia La Inmaculada; el arrastre de chancletas del vendedor de bolillos fritos; el lengüetazo cálido de Yayita, la perrita criolla que trajo el compadre «Joaco» desde El Pando. Solo faltaban los buenos días y la taza de café que Ángela Arroyo cada mañana le daba. Para Yeya no tenía sentido que la matrona más puntual de la historia de Caucasia, a las 4:55 a. m. de aquel martes de noviembre, no hubiera salido a su patio a agradecerle al «Rey Mono» por la vida. Menos posible era que le hubiere incumplido la cita de cada mañana a tomar la pastilla de la presión y leerse la suerte en la borra. Sí, en ese asiento que deja en el pocillo el café tradicional, hecho en troja y filtrado en colador de tela, para dibujar caminos, decisiones, personas y fortuna. La puerta del patio estaba cerrada, pero en sus hendijas se filtraba el aroma a café quemado y un humo negro, como la situación de aquellos días, en que el pescado había desaparecido y no alcanzaba ni para sal ni para azúcar. Humo negro como la soledad de Ángela Arroyo, con diez hijos que ya no la visitaban y sesenta nietos y sobrinos que ya no la cuidaban. Yeya no aguantó más, pensando en que Ángela había decidido vencer la soledad con alguien más, cruzó la cerca pero halló la puerta trancada. Entre las mismas hendijas divisó a Ángela «ejmologada»: Su brazo derecho se aferraba al lavaplatos

y el resto de su cuerpo guindaba, pidiendo piso. Yeya junto a «Chivo Ahorcao», aquel muchacho cuyo apodo recordaba la vez que intentó suicidarse y la pita se partió en el momento en que sus ojos ya se habían «frututeado», rompieron la puerta y encontraron a Angelita en medio de un derrame cerebral. Como pudieron la sentaron en una Rimax roja y con el apoyo de otros vecinos la trasladaron hasta la clínica más cercana. El diálogo durante el traslado fue elocuente:

—Mija, súbame el cachete, no dejes que se me tuerza la boca —dijo Ángela.

—Ya, ya, Anyo, yo te sobo. Más ahora que pareces la Negra Tomasa de la novela de «Alejo» —respondió Yeya.

—Tú no eres ni seria, Yeya, más bien hazte el 6459 con la Cruz Roja, que me salió hoy en el café.

—Viste, viste, Anyo, por eso te dio esa maluquera: te tomaste el café sin tu comadre.

—Es verdad, te traicioné. Pero es que no había azúcar pa las dos.

—Vea, Angelita, a los mala ley hasta la muerte les llega tarde.

—Tarde, si hoy madrugué fue a encontrármela. Pero tú eres tan chismosa que hasta la muerte ahuyentaste.

La historia clínica reza: Paciente de sesenta y tres años, con derrame cerebral y parálisis del lado izquierdo del cuerpo. Salvada por el café y por Yeya, su vecina chismosa.

**Jaime Alonso Camaño Arroyo**, 38 años

Caucasia, Bajo Cauca

N.º 4492

## La piedra del Peñol

Todos están gritando como locos que me estoy derrumbando, y lastimé a unas personas, pero, al parecer, no fue nada grave. La gente dice que me estoy meteorizando. ¿Será que saldré volando como mis primos? ¡Estoy muy asustado! Otra vez me van a clausurar; la última vez ocurrió en pandemia. ¡Qué días tan aburridos! ¡Estuve tan solo! Bueno. La historia comienza así. Durante miles de años fui formándome en las entrañas de la gran madre, debido a un proceso llamado sedimentación; gracias a la presión se formó el sólido batolito que soy hoy en día. Esa misma presión me empujó poco a poco hacia la superficie. No soy el único batolito que existe; en todo el mundo, y sobre todo en Antioquia, existen varios. Pero claro, yo soy el más grande y visitado; de todas partes vienen a conocerme. Extraño el interior oscuro y acogedor de mi madre, acá afuera tengo que soportar fuertes vientos y tempestades; hace mucho frío, pero tengo la oportunidad de apreciar este precioso paisaje, y de disfrutar la compañía de gran variedad de animales y plantas que han hecho de mi superficie su hábitat. Lo más curioso es lo siguiente: hace muchos años vi que unos animalejos empezaron a construir unas extrañas estructuras a ambos lados del río que está allá abajo. Los humanos que mencioné antes, en un principio no podían subir, pero luego de conformar un poblado se dieron a la tarea de escalarme. Al principio, ayudados de estacas y cuerdas, unos pocos se atrevían a subir; luego, causándome mucho dolor, clavaron un montón de tablas que llamaron escaleras. Así

cada vez subían más y más. Unos años más tarde el río se desbordó, inundando gran parte del territorio; las personas llamaron a eso represa, su fin era generar energía eléctrica. El poblado de El Peñol, al cual debo mi nombre, tuvo que ser trasladado a unos kilómetros (desde aquí aún puedo verlo). Luego tuvieron la gran idea de construir unas escaleras más amplias y resistentes. Ahora las personas suben por miles cada día. Sobre mí también construyeron un par de estructuras similares a las de allá abajo. El proceso de construcción de las escaleras fue muy doloroso, pero, como dicen esos animalejos, no hay mal que por bien no venga. Desde que empezaron a subir aprendo un montón de cosas nuevas cada día, gracias a la gran habilidad que tienen los humanos de contar historias, y a que poseo una gran memoria. Debido a la interacción con las personas puedo entender casi todos los idiomas en que se comunican y ahora puedo contarles mi historia. También me enteré de que no voy a salir volando, ya que meteorización es simplemente el desprendimiento de los sedimentos que se van acumulando sobre mí. A veces quisiera poder caminar y conocer el mundo por mí mismo.

**Santiago Yepes Arcila**, 31 años

El Peñol, Oriente

N.º 4512

### Relatos de arriero

El bramido del ternero nos despierta; mi papá se levanta junto con mi hermano para empezar el día. Luego de unos minutos, se despierta mamá, quien hace ruido en la cocina, logrando que mis hermanas se levanten de la cama. Yo aprovecho y me cubro entre las cobijas, pero mi hermana mayor, de un jalón, me las quita, diciendo que ya es hora. Un día normal en una familia de arrieros: mi papá y mi hermano, enérgicos, le dan la comida al ternero, que por cierto es ciego y con su nariz se guía hasta la comida. Papá siempre dice lo mismo cada mañana, que lo va a sacrificar; eso me estremece y me hace sentir una sensación antinatural, como si no tuviéramos el permiso para hacerlo. Observo cómo se organizan para iniciar la rutina, sacando las enjalmas de los caballos, mientras mi mamá prepara el desayuno. En la habitación estamos mi otra hermana y yo, por lo cual rifamos quién va a organizar la casa. Pasados unos minutos, mamá nos llama a la mesa para desayunar. Al terminar de comer, escucho a mi hermano contarle a mi papá sobre unos gritos que se escuchan en la vereda Potrerillo del municipio de Valparaíso. Le comenta que desde hace dos semanas se viene diciendo entre los vecinos del pueblo que hay un misterio que aún sigue rondando sobre un hombre llamado José Álvarez y su extraña muerte. Dicen que estaba enfermo, y mientras subía a la vereda con su vaca, esta se tornó agresiva y al frente de él se le presentó la muerte. Él, con terror, le dijo a la muerte que le diera más tiempo y, a cambio, le daba su vaca. La muerte le habló

y se sentía como si le estuviera susurrando al oído mientras le decía a José: «Acepto tu ofrenda, pero solo dame la piel del animal». José, asustado y temblando, mira a su vaca y le pide perdón mientras le empieza a quitar la piel, escuchando el bramido retumbando en sus oídos por el dolor. Al finalizar y con el animal muerto, entrega la piel. La muerte, triste al ver cómo había sacrificado al animal por unos días de vida, lo envuelve entre la piel de lo que alguna vez fue de la vaca. José, paralizado, no sabe qué decir y, en un intento egoísta, sale corriendo, creyendo engañar a la muerte, pero en un descuido, termina tropezándose y golpeándose la cabeza. La muerte, acercándose, toma su cuerpo y le desgarró la piel, tomando su alma y maldiciéndolo: «Tu alma vagará en este tramo a esta misma hora hasta la hora de muerte del animal mientras resuenan los bramidos de dolor». Al terminar de contar la historia, mi hermano le dice a mi papá que no caminen a las diez de la noche por ese tramo, temiendo encontrarse al alma del señor José, a lo que mi papá le responde: «¡Vamos, hijo, que hay que tenerle miedo es al vivo!».

**Tatiana Ayala**, 27 años

Támesis, Suroeste



N.º 4611

## La loca del sayal

El pequeño saíno sigilosamente devora la flora leñosa en un desmonte rodeado por la frondosa selva de Dabeiba. La alborada frenética de las aves y el cantar estridulante de los insectos pronto son desvanecidos por el corte del viento. «¡Lo tengo, lo tengo!», grita a lo lejos Kimy mientras su hermano Yari retira el virote previamente envenenado del cuerpo del saíno guardándolo en su carcaj. En tanto que Yari acomoda el saíno en la espalda de Kimy, no puede evitar mirar cautelosamente con el rabillo del ojo a esa mujer misteriosa que desciende por el rocoso camino de herradura. A lomo de mula, escoltada por un séquito de mosquitos, agobiada con enseres y utensilios poco prácticos para la selva, sudorosa, extrañamente vestida con un simple sayal, su cabeza cubierta con una rústica tela blanca y calzando unas botas de caucho. Empero, lo más extravagante para Kimy y Yari son las facciones de esa mujer, su fisonomía no corresponde a la de la mujer emberá, evidentemente no es de la comunidad Katío ni mucho menos de la comunidad Chamí. No es la primera vez que la observan, esa extraña mujer ha estado deambulando durante varias semanas aquellos inhóspitos parajes. Yari no puede evitar exclamar en un tono algo infantil: «¡Allí va la loca del sayal!». Recelosos para no ser avistados por aquella mujer, con el sigilo propio adquirido durante arduas faenas de cacerías, deciden seguirla con la finalidad de descifrar sus enigmas. Atónitos, descubren un rancho grande construido con toscos muros de barro, techumbre de paja, la tierra de

suelo, aunque lo más inquietante es que aquella mujer parece paladear el gozo de vivir en esa grotesca choza improvisada. Kimy recuerda haberla visto mirar al cielo con ardor en sus ojos y hablarle con intenso deseo al vacío... a la nada.

—Pobre mujer, está loca —dijo Kimy retirándose con un cándido desdén.

—Pero ¿y si es la diosa Dabeiba que se nos manifiesta con alguna epifanía como lo hizo antaño a nuestros antepasados en las llanuras del río Atrato? —exclamó Yari.

Kimy respondió:

—No seas tonto. Qué impertinente comparar a esta loca con una divinidad. Recuerdo que el jaibaná en el cabildo manifestó que tan solo es una maestra que quiere enseñarnos... no sé qué... Otros dicen que es una mujer extranjera en busca de marido indígena. ¡Pobre mujer!, perdió su cordura y decidió dejar su raza, su gente, sus costumbres, su vida para venir a vivir marginada y morir sola y olvidada en la selva. Eso se llama «locura», aunque más delirante es su nombre, si mal no recuerdo se llama Laura Montoya Upegui.

Suspirando, Kimy acomoda solemnemente el saíno aun flácido y caliente en sus hombros, retomando el camino a su aldea, dando por terminada la atípica jornada matutina de carcería de aquel caluroso día septembrino de 1914.

**Diego Alexander Martínez Gómez**, 36 años  
Rionegro, Oriente

N.º 4732

### Tirar los zapatos

Ya se estaba haciendo tarde y debían regresar. Habían dejado el Jeep Willys 1959 en la finca El Cedro, hasta donde podían llegar los carros, y tendrían que caminar durante una hora por una «falda» pedregosa incrustada entre dos laderas sembradas con café y plátano para llegar hasta allí. El día había sido largo y cansado. A las seis de la mañana habían salido desde La Ceja hacia la escuela La Manguita, a unas dos horas por carretera destapada yendo hacia Abejorral por la vía El Guaico, desviándose hacia la vereda El Guadual. Fueron porque Tere, una de las hijas de la familia, había sido nombrada profesora de la Escuela Rural y la familia quiso ir a visitarla. Era febrero de 1976. El camino de regreso fue especialmente penoso para Fabio, el novio de Tere, por aquellos días un buen mozo que gustaba de vestir a la moda y fumar Lucky Strike. Podríamos imaginar que su amargura se debía al hecho de tener que dejar a su novia en ese lugar apartado y de difícil acceso, que algo de eso había, pero su pena yacía en una situación mucho menos platónica. Los zapatos de cuero y tacón que se había puesto ese día, con la intención de impresionar suegros, cuñados y campesinos de la vereda y que le habían costado casi dos meses de su salario como jornalero en la hacienda Manzanares, le estaban sacando unas ampollas que parecían uchuvas a punto de reventar. Llegando a la finca Naranjal ya no pudo aguantar más el dolor y le dijo a su suegro:

—Don Joaquín, con su permiso me voy a quitar estos zapatos, ya no me los aguanto.

A lo que el suegro respondió:

—Mijo, es que esos zapatos están muy tiesos pa andar por estas trochas.

Quitarse los zapatos le resultó ambivalente. Por un lado, lo sintió como una derrota, en vez de impresionar a sus suegros, había logrado quedar como un bisoño. Se dio cuenta además de que sus cuñados estaban haciendo burlas con su situación, lo que lo avergonzaba aún más. Pero la sensación de sacar sus pies de los zapatos fue liberadora, sintió una liviandad muy agradable. Amarró los zapatos a la correa con la que sostenía su pantalón y continuaron subiendo la pedregosa pendiente. Al llegar al Cedro, con las plantas de los pies magulladas por las piedras del camino, pero con el dolor de las ampollas aliviado, quiso ponerse de nuevo los zapatos, pero se dio cuenta de que uno de ellos no estaba. Miró en los alrededores y se devolvió unos cien metros para buscarlo, pero no pudo dar con él. «Entonces con una medio rabia tiré el otro zapato por un voladero. ¿Qué más iba a hacer? Después me tocó atravesar medio pueblo a pie limpio ¡Ah!, es que no todos los zapatos son pa todos los caminos», concluyó mi padre mientras le daba el último sorbo a la taza de café.

**José Fernando Orozco Bedoya**, 35 años

La Ceja, Oriente

**N.º 4816**

### **Murmullo de gol**

Los treinta y cinco grados centígrados que se sentían no impidieron que esas treinta almas que conformaban mi familia y vecinos cercanos decidieran encerrarse todos, hombro con hombro, en una sala pequeña con poca ventilación y echándose fresco con los brazos y cartones pendientes del televisor antes del partido de Colombia contra Israel por la clasificación al mundial de fútbol de Italia noventa. Fue la primera vez que vi, siendo niño, cómo mis parientes, incluido el abuelo de ciento un años, se sentaban sin pelear ante la única pantalla de colores pálidos, para ver por fin, el anhelado deseo de que el himno de la tricolor volviera a sonar en un mundial. Ese día no le importó a Ana, la tía regordeta, mostrar uno de sus senos para darle de comer el nene de un año delante de «extraños», ni que la prima Wendy presentara por fin al novio después de cuatro años de «amoríos», o que el sudor corriera a chorros junto con la cerveza por el brillante piso de cemento que mi madre enceraba a diario. Ese día, los más pequeños probamos, por primera vez, el amargo líquido al robarle media botella de licor al tío borrachín sin esperar el regaño de un adulto, porque todos estaban pendientes de las jugadas y gambetas de Higuaita, Andrés Escobar, Perea, Wilson Pérez, Leonel Álvarez, el Pibe Valderrama, Hernández, Villa, Iguarán y Fajardo. El tiempo pasaba lento, caluroso y agobiante. Más que el partido, yo veía los cambios en mi familia. El ateo de mi padre se volvía católico aferrando el rosario que mi madre agarraba con fuerzas desde que inició

la contienda. Mis tíos y mis primos se convertían expertos brujos echando maldiciones y conjuros y mis tías ahogaban más la sala con rezos e inciensos cada vez que algún jugador del equipo contrario se acercaba al arco colombiano. Pero era Luis, el vecino silencioso y decente, quien desde la ventana miraba al televisor mientras que con una oreja pegada a un viejo equipo de sonido profería miles de palabrotas por segundo que, en otro momento, hubieran obligado a mi madre solicitarle que se retirara. Pero fue una falta contra Colombia la que hizo que toda la casa, la vereda La Luz, El Bagre y el país se unieran en un solo aliento de esperanza. Abrazos y gritos de alegría iban y venían. La música comenzaba a sonar a borbotones. Las fiestas estaban a punto de empezar. El «Palomo» fue el encargado de cobrar el penalti. El silencio se tomó a Colombia. En mi casa solo se oía al bebé chupar teta. Nadie respiraba a la espera del gol. De pronto, como un fuerte golpe, pasó lo que nadie se imaginó. Todo quedó a oscuras. «¡Hijueputa luz!», gritó mi abuelo, segundos antes de morir, mientras a lo lejos, en una radio de pilas, retumbaba la voz del locutor, como un quejido, el murmullo de gol.

**Dámaso Damián Cacua Oliveros, 52 años**

Donmatías, Norte

N.º 5254

### El gen de la calvicie

Ni que yo fuera de apellido Sucerquia o viviera en la calle La Báscula... En Yalí nadie es calvo, excepto don Rubén y sus hijos, porque a él todos los hijos, sin excepción, le salieron sin pelo. Hasta la hija le ha salido calva también. A mí ya me da es como rabiecita verme en el espejo, porque mi hermano mayor tiene el pelo grueso y abundante como un oso y yo me estoy quedando calva a mis quince años. Y me duele aún más, porque yo era la niña consentida de papá y por lo bien que se lo tenía guardado mi mamá.

**Cristian Alberto Agudelo Ríos**, 38 años

Vegachí, Nordeste

N.º 5406

### Querida Lucía

Olvido tu nombre cada vez que lo escribo, y me siento culpable. He creado una isla plástica con todos los regalos que recibí cuando estabas en la China, tu nombre me ensordece con miles de trompetas estallándose y estrellándose en mis oídos. ¿Cómo hiciste para que todo lo que tuviera que ver contigo también tuviera ritmo y música? Luci, Luchita, Lucía Malparida. Perdón, recuerda que me altero con facilidad. Y recuerdo constantemente cómo viniste al mundo. Ahora sí me pondré tierna, lo juro. Cuando hablas, Lucía, solo puedo concentrarme en tu nariz que se abre y se cierra, o en la saliva que se te acumula a cada lado de cada comisura de tu boca; si encuentro tus ojos, tu mirada profundamente oscura me dice lo contrario de lo que estoy escuchando, si me dices sal, yo veo azúcar. Hay seres ocultos en ti Lucía, pienso que deberías no verte tanto en el espejo, no querrás luego terminar parándote a ti misma. Me ha llegado la noticia de que no paras de croar como las ranas y que ya nadie te soporta. Cosa que admiro. Deja, te lo suplico, de llenar mi boca, mi cepillo y mis bufandas de pelo de muñeca reventado, ya sabemos que tu cabeza es un gran nido de rapajos, japos, pájaros; ¿lo ves?, solo escribirte hace que mis neuronas caigan como por efecto del opio. Ayer te vi cuatro veces a causa de mis lentes o del LSD, tu mirada me llegó como un puño del Happy Lora, justo en la jeta. Estabas linda y lucida, Lucía. Lo único que no perdono es... ¿cómo es posible que aún tuvieras mis zapatos verdes, los de Lorca? Lucía, te veo mañana en el

valle, lleva un gran pez dorado o gris, el que prefieras, trae besos amargos como el café porque quiero mantenerme despierta para escuchar tus silbidos, los mismos que usas para llamar a tus vacas en la feria, dejaré que lleguen con el viento para sentirlos avanzar dentro de mi oído, ya no como trompetas estridentes fastidiosas, sino como caricias y piel de gallina, te pido que cuando llegues no me hables, tus palabras me arrullan como un bullerengue sentao y no me quiero dormir, no quiero. Lucía, por centésima vez, te pido que otra vez no traigas a tus papás contigo. Estoy harta de tener que vestirme como un muchacho o decirles que somos amigas. Te espero con la puntualidad del conejo. Te quiere, la alucinada.

**Mariana Duque García**, 25 años  
El Santuario, Oriente

**N.º 5708**

### **El bocachico valiente**

Mi nombre es bocachico y esta es mi historia. Siendo las siete de la mañana de un día frío, comenzaba a realizar mi rutina diaria, buscar la comida de mis bocachiquitos: los gusanitos de río e insectos de las orillas del río Nechí. Cuando iba por los meandros, cerca de la desembocadura con el Cauca, al frente del casco urbano, nos encontramos una enorme mancha negra y nos enteramos de que estaba produciendo la muerte de bagres y doncellas que ya estaban flotando, mostrando su pecho blanco y sus ojos desorbitados. Me alerté y me enteré de que también las cachamas estaban circulando, de un lado a otro, asustadas, porque habían acabado de ver a su Cachama real desfallecer.

—Y ahora qué vamos hacer —dijo la cachama con las agallas heridas por un anzuelo que se liberaba de su pescador.

—Propongo, gallo, que hagamos saltos; que brinquemos por encima de la superficie del agua para así analizar la razón de esta dolorosa situación.

Así que, decidí comenzar a dar saltos sobre la superficie del agua y me encontré humanos que tenían las bocas abiertas mientras otros, río arriba, estaban extrayendo granitos amarillos del agua y dejando sobre el margen de ellos, manchas negras que hedían a terror. Al conocer esta situación, les propuse a los bagres, cachamas, doncellas y bocachicos no seguir así, por lo que se me ocurrió proponer, todos los días a las cinco de la mañana, después del desove matutino con nuestras cachamotas y bocachicotas, nos fuéramos a morder la tierra

y guardar el granito en otro lugar; ellos entendieron y de un salto me lo hicieron saber. Comenzamos arduamente la labor; todos llegaron a tiempo, excepto el coroncoro que estaba ape- rezado y así lo hicimos durante tres meses, cuando escondimos en una cueva secreta al frente del área urbana de Nechí el últi- mo granito amarillo. Quedamos con la certeza de que sobre el río Cauca no habría más piedras amarillas y así los gigantes de- jarían de lanzar esos círculos negros sobre el agua que produ- cían mortandad. Fue ardua la tarea, pero al final descubrimos, después de sonidos de pólvora y hasta sangre derramada, que les habíamos ganado, porque se marcharon y así logramos vol- ver a comer gusano fortachón e insecto delgado; nuestra dieta de antaño mientras nuestros bocachiquitos fueron creciendo hasta volverse bochachicotes.

**David Yepes**, 23 años  
Nechí, Bajo Cauca.

## **N.º 5771** **Magola**

Todos en el pueblo la conocían, los niños la creían loca, y los grandes tampoco era que afirmaran lo contrario. En repetidas ocasiones, cuchicheos y pares de ojos le perseguían en su andar, y anunciaban con desdén: «Ahí viene Magola, siempre midien- do calles, para arriba y para abajo; como que se le corrió la teja». Y los rumores sobre sus facultades mentales acrecentaban cuan- do algún forastero le pedía la hora, o indicaciones para llegar a cualquier sitio, y ella con entusiasmo respondía: «¿Que cómo me llamo yo? María Margarita, pero me gusta que me digan Magola». Unos días susurraba y pintaba bastante amable; en otros lanzaba gritos heridos sin escatimar. «Mija, usted sabe que al oscuro no le oigo», decía obstinada; cuando la silueta desdibujada de su nieta le enunciaba algunas palabras, y que a falta de luz no entendía con exactitud ni con vaguedad. Y eso que cualquiera pensaría que lo relacionado con la luz obedece meramente al sentido de la vista. Con su cuerpecito algo encor- vado por el paso de sesenta y cinco navidades, y recubierto de una piel del color del cacao tostado; en las noches donde abun- daban los zancudos en los cafetales por la aproximación de co- secha se desplegaba sobre su cama, y su entera atención le per- teneía al televisor a blanco y negro donde solía verse todas las de Rambo. Nunca importó cuán alto o bajo fuera el volumen con que se le hablara, si no era lo suficientemente pausado, si no se descansaba, aunque fuera un segundo entre cada sílaba para que adivinara a qué palabra correspondía cada arco formado

con los labios, la charla resultaba caso perdido. Los chismosos de Tapartó, se preguntaban vacilantes, cómo era que Magola se había podido casar, si conversar con ella era misión suicida, cómo es que alguien se había alzado al hombro la trabajosa tarea de hacer vida con esa mujer. Lo cierto, señoras y señores, es que estaba dotada de gran experticia en asuntos varios, y tal vez eso le ayudó en su conquista; hacía la mejor tortilla de huevo, encendía fogones de leña a la velocidad de la luz, y podía entender con milimétrica precisión la trama de películas en cualquier idioma, incluso cuando el televisor tenía el volumen en cero. Doctores del pueblo recomendaban con frecuencia que Magola viera a un especialista, de esos que son doctores también pero que estudiaron más años, y por eso cobran más. Sus hijas fantaseaban con una vida en la que ya no fuesen necesarias las oraciones interminables por lo muy despacio que había que hablar, o con que cuando se les quedara la toalla en el tendedero del patio pudieran gritar con total tranquilidad porque su madre iría al rescate. Magola no sabía por qué la gente del pueblo la llamaba loca, y tampoco recordaba cuál había sido el último sonido que había registrado en su cerebro; pues no nació sorda, pero el otro día aseguró con vehemencia que tampoco le interesaba volver a escuchar.

**Lorena Pareja Osorio**, 22 años  
Apartadó, Urabá

**N.º 5891**

### **La guaca de Fauriciano**

Fauriciano, un campesino muy ambicioso, se dirige al aguacate que tiene sembrado en el patio de su casa. Allí se encuentra con satanás y después de hablar un rato con él llegan al siguiente acuerdo: «Tú me das tu alma y yo te cuido la guaca que vas a guardar aquí, entonces repite conmigo: “Aquí te meto, aquí te tapo, y que me lleve el diablo si yo de aquí te saco”». Después de repetirlo varias veces se dieron la mano y se despidieron. Pero como nada hay oculto en la tierra, los rumores de la guaca de Fauriciano se fueron regando por la vereda y por el pueblo y no faltaron los angurriosos que quisieron robársela. El primero fue Chepe, su vecino, un domingo lo invitó a tomarse unas cervezas con el fin de emborracharlo para ir a robarle su entierro, pero cuando llegó al sitio, allí estaba el viejo fumándose un gran tabaco. ¡Oooh, qué sorpresa la de Chepe cuando lo encontró allá!

—¿A quién necesitas? —le pregunto Fauriciano.

—No, yo solo venía a saludarlo.

Después fueron tres pícaros que se las ingeniaron para robar la guaca; Juan y Pedro lo entretenían, mientras Felipe sacaba la guaca, la guardaba en otra parte para luego repartirla. Así fue, mientras Felipe hacía su parte, los otros dos lo entretenían. Pero qué sorpresa se llevó cuando llegó al aguacate y allá estaba el viejo sentado con su tabaco encabado en una pipa y soltaba bocanadas de humo que lo envolvieron y el olor a azufre y a mil cosas más lo dejaron sembrado en el piso, mientras le decía:

—¡Aaah! Con que venías a robarme. ¿Qué quieres, muchacho pícaro?

El pobre quería desaparecer. Cuando pudo moverse salió corriendo a contarles a sus compinches lo sucedido, quienes no le creyeron y planearon ir ellos para que les tocara más. Fueron en la noche disfrazados de ánimas y cantando «Cuando estábamos vivos trabajábamos con Fauriciano, ahora que estamos muertos venimos a darle por el ano». Pero qué susto se llevaron, el viejo estaba allí apuntándoles con la escopeta y con su pipa en la boca sosteniendo el gran tabaco:

—Ni un paso más, porque caen al infierno ya mismo.

Todo se iluminó y fueron envueltos por el humo y el olor a azufre. Pedro recordó los consejos de la mamá: «En momentos difíciles, repite siempre: “el corazón de Jesús está conmigo y nada me pasará”». Pedro repetía mentalmente y así pudieron salir de allá. Los comentarios llegaron a oídos del párroco, quien lo mandó a llamar y dialogó mucho con él, lo dejó almorzando mientras él iba a explorar el terreno, pero qué sorpresa, allí estaba el mismísimo diablo porque la pelea fue grande, el sacerdote temblando del susto le dijo: «Acordemos algo». Y cuentan nuestros ancestros que después de una gran lucha de exorcismos y esfuerzos, el sacerdote fue el dueño de la guaca.

**Nora Cecilia Gallo Alzate**, 72 años  
San Vicente Ferrer, Oriente

## A este libro le hace falta un cuento: el tuyo

¿Y si lo escribes? Sobre las vivencias en Antioquia. Sobre amores y desamores. Sobre triunfos y derrotas. Sobre encuentros y pérdidas. Sobre ti, sobre tu familia, sobre nuestra región, sobre eso que somos. ¡Tú decides!



**Título:**

*Tu nombre*

*Tu municipio:*

Anímate a participar en la próxima edición del concurso. Consulta las bases en [www.cuentoantioquia.com](http://www.cuentoantioquia.com) y síguenos en las redes sociales @Comfama y @Comfamacultura.



Este libro se terminó de imprimir entre ríos, bosque, selva,  
valles y montañas en marzo de 2024 en Apotema S. A. S.;  
con un tiraje de 10.000 ejemplares.



## **Nuestro viaje no termina aquí**

En 2024 también podrás  
participar de una nueva  
edición del concurso.

**¡Imagina y prepara tus  
historias sobre Antioquia!**

Más información en

**[www.cuentoantioquia.com](http://www.cuentoantioquia.com)**





# CONCURSO DE CUENTO



Antioquia

Reimaginada

• EDICIÓN 2023 •

Narrar nuestra  
diversidad es narrar  
lo que somos



ISBN: 978-628-7637-40-5



9 786287 637405



secretos para contar

comfama